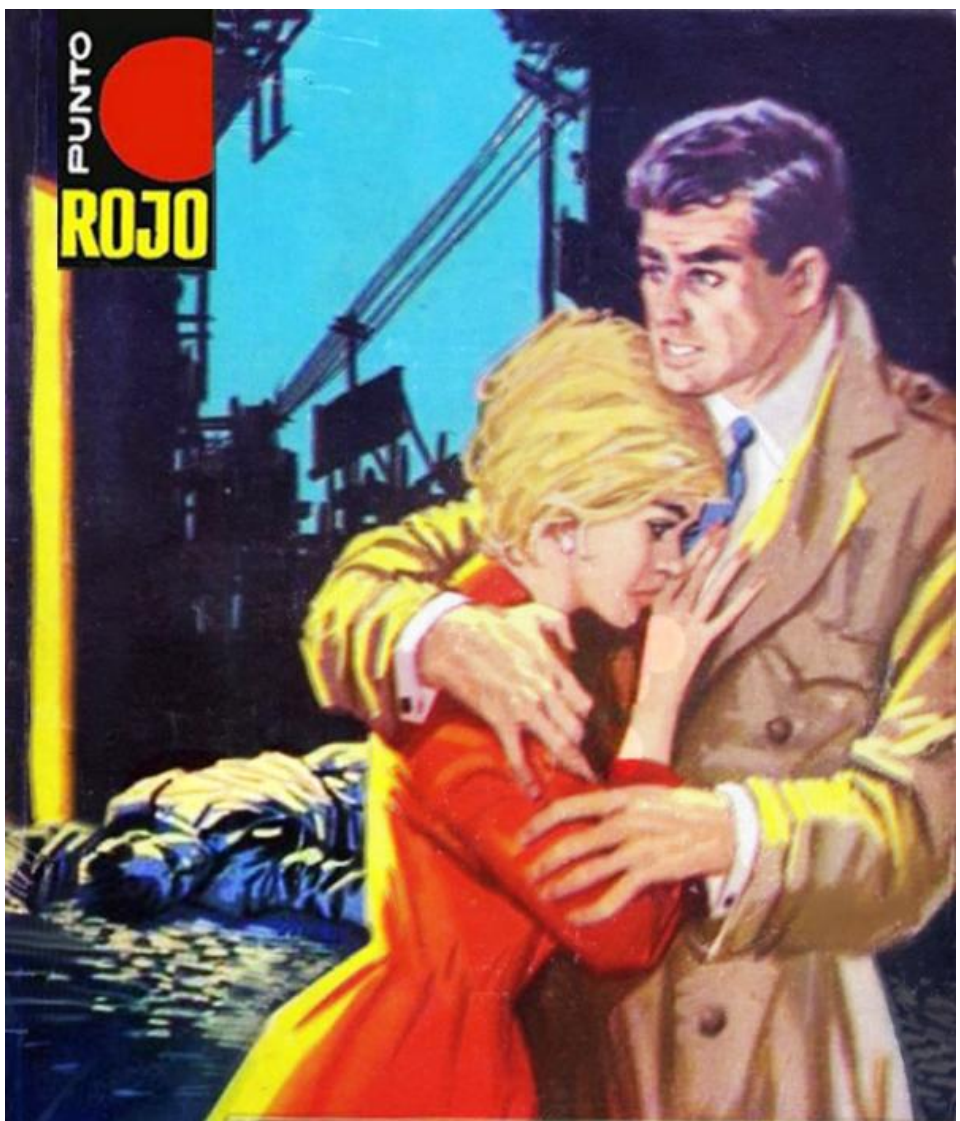


PUNTO

ROJO

A man in a brown trench coat and blue tie is embracing a woman with blonde hair wearing a red dress. They are in a dark, industrial setting at night, with a crane and other structures visible in the background. The man has a concerned expression. The woman is looking down. The scene is lit with a strong yellow light, possibly from a street lamp or a fire.

DI ADIOS AL CADAVER

silver kane

BB

DI ADIOS AL CADAVER

SILVER KANE

**DI ADIOS
AL CADAVER**

Colección PUNTO ROJO n.º 85
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22685 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

© SILVER KANE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5654/68

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

833. — La reina de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

683. — El hotel de las brumas.

En Colección TEXAS:

393. — Más allá de las sombras.

En Colección CALIFORNIA:

315. — Miss muerte.

En Colección KANSAS:

232. — Estrella negra.

En Colección ASES DEL OESTE:

234. — Siete ataúdes.

En Colección PUNTO ROJO:

66. — La noche y las sombras.

En Colección METRALLA:

9. — Condenado a morir.



Di ADIOS al CADAVER

per SILVER KANE

CAPÍTULO PRIMERO

Ivette había creído notarlo alguna vez.

Era una sensación absurda, completamente ridícula y sin sentido, pero estaba segura de no equivocarse. Lo había notado en diversas ocasiones, cuando él la rozaba en la oscuridad, al salir de los cines que frecuentaban.

A su acompañante le crecían las uñas.

Ivette sabía perfectamente que esto no era posible, que no había razón para que la mano que ella había estrechado largo tiempo en la oscuridad de la sala, se transformara en breves minutos en la garra que ella había creído notar. Pero era una sensación que no la dejaba vivir, una sensación que se estaba transformando en una obsesionante pesadilla.

A su acompañante le crecían las uñas. Su mano derecha, al salir de los cines, se transformaba en una garra.

Ivette no sabía si aquél era su verdadero nombre.

Podía llamarse Jean, Claude, Basil, James o cualquier otro de los nombres que llenan el mundo. Ella jamás había visto sus documentos. Podía ser francés o de cualquier otra nacionalidad europea, aunque hablaba con acento parisién. Ivette sólo sabía que le gustaba, que le gustaba mucho.

Era imposible precisar su edad. ¿Veinticinco, veintiocho...? Desde luego, había pasado ya con mucho la raya de la mayoría de edad. Vestía irreprochablemente, tenía distinción y chic. Siempre llevaba dinero y ostentaba además una profesión distinguida, pues era químico, especialista en Biología.

Se habían conocido tres meses antes en el *boulevard* Saint Michel, en un café frecuentado por estudiantes de todas las razas.

Ivette conocía a aquel hombre por haberlo visto un par de veces en la Sorbona, donde al parecer asistía a algunas clases en la Facultad de Ciencias. Hablaron casualmente y simpatizaron enseguida. Ivette, que tenía veintitrés años y vivía sola, accedió a que él la llevara a su estudio.

No pasó nada.

Era un estudio situado cerca de la estación del Metro de Lamotte-Piquet, y tenía unas altas ventanas desde las cuales se divisaban centenares de tejados grises.

Nunca Ivette había visto un lugar tan triste, casi tan siniestro como aquél, con sus docenas de probetas conteniendo reactivos, con sus botellas de alcohol donde había vísceras humanas, con sus pizarras negras donde se alineaban fórmulas y más fórmulas, en una sucesión inacabable. Tuvo la sensación de haber entrado en un mundo irreal, un poco fantasmal y fantástico, donde cualquier cosa podía ocurrir.

Pero ya se ha dicho que no ocurrió nada.

El ni siquiera la besó. No pareció fijarse en que Ivette tenía unas piernas muy bonitas, las cuales poseían un encanto casi mágico con aquellas medias negras —tal vez demasiado gruesas— que ella empleaba a causa del frío. No le habló de amor, y sí le dijo solamente que su vida era muy triste.

Parecía uno de esos hombres solitarios, un poco amargados pero en el fondo sedientos de cariño, que se casan con la primera mujer que les hace soñar un poco.

E Ivette, que también estaba sola, se propuso casarse con él.

Empezaron a ir a las exposiciones de los artistas de vanguardia, especialmente a las de discípulos de Bernard Buffet, frecuentaron algunas salas de conciertos y, últimamente, los cines, donde respiraban un aire quieto, de dulce intimidad.

Allí, en los cines, fue donde Ivette notó por primera vez aquella cosa que no tenía sentido.

Muchas veces sus manos se unían. Muchas veces, en la oscuridad, se las estrechaban con fuerza.

Él tenía unas manos suaves, tal vez demasiado suaves, y unas uñas muy bien perfiladas, casi femeninas. Eran por tanto, unas manos que nunca podían infundir, miedo, sino más bien ternura, e Ivette, en la oscuridad de una sala, llegó a besarlas una vez.

Sin embargo, ahora sucedía lo increíble.

Aquellas manos le daban miedo.

Siempre al salir de los cines, cuando él la empujaba suavemente hacia la puerta, notaba en su cintura el contacto de unas uñas duras y largas, como las de una garra. La sensación era tan increíble, tan absurda y estúpida, que las primeras veces no quiso prestarle atención siquiera.

Pero al fin llegó a sentir, en contra de su voluntad, un estremecimiento de horror.

Un estremecimiento que la confundía, que la aturdía, que no la dejaba dormir por las noches.

Leyó la historia que hizo famoso a Stevenson, la historia de mister Jekyll y mister Hyde. La historia del hombre bueno, servicial, atento, que en determinados momentos se convertía en un monstruo sediento de mal.

¿Podía ser Henry —nombre que él se había dado— uno de esos seres de pesadilla que sólo parecen existir en las películas de terror?

Ivette se llamaba estúpida a sí misma por pensar aquello. Daba cien vueltas en el lecho solitario pensando que se estaba volviendo loca, que era una víctima de su increíble pesadilla, de su absurda fantasía.

Pero un anochecer no pudo más.

Acababan de salir de un cine de la Avenue de l'Opera y ella había tenido la misma sensación de siempre. Se dio cuenta entonces de que Henry llevaba las manos en los bolsillos.

Fue entonces cuando lo advirtió.

Él siempre lo hacía.

El siempre llevaba las manos en los bolsillos cuando ambos salían de un cine y ella tenía aquella absurda sensación.

Ivette susurró:

—¿Vas a aceptarme un regalo, Henry?

—¿Un regalo?

—Sí. Se trata... de un anillo. No significa ningún compromiso, créeme. Pero lo he comprado pensando en ti.

Era una mentira. Aquel anillo se lo había dado a Ivette un compañero de Facultad para que lo llevase a arreglar a un joyero que vivía delante de su casa. Pero Ivette acababa de tener aquella idea, una idea que le hacía daño y al mismo tiempo le

proporcionaba un espantoso placer.

Él se encogió levemente de hombros.

—Bueno, pues... si de veras lo has comprado pensando en mí...

—Quiero probártelo.

El sacó su mano izquierda.

—Cómo te parezca...

—Este anillo te quedará mejor en tu mano derecha.

Era ésa precisamente, la derecha, la que ella sentía como una garra en su cintura cuando él la empujaba suavemente hacia la salida.

—¿Por qué no la izquierda?

—Te lo repito: Creo que en la derecha te quedaría mucho mejor...

El suspiró resignadamente.

—Bueno, como quieras...

Extrajo su mano del bolsillo.

Era una mano normal, la que ella conocía, la que había acariciado tantas veces, una mano suave, cuidada, con uñas casi femeninas.

Ivette estuvo a punto de llorar. Tuvo que hacer esfuerzos casi angustiosos para contener las lágrimas.

—Lo... lo siento —balbució.

—¿Por qué lo sientes?

Ella no contestó.

Le puso el anillo en el dedo anular, mientras sentía una terrible confusión y al mismo tiempo la felicidad más intensa de su vida.

Durante las dos noches siguientes no pudo dormir, pero no fue a causa del miedo ni la inquietud, sino a causa de la vergüenza. ¿Qué pensaría ahora Henry? ¿Se habría dado cuenta de que ella sospechaba una ridiculez? ¿Se reiría de ella antes de abandonarla?

Ivette se habría golpeado la cabeza contra las paredes por haber sido capaz de pensar una cosa tan estúpida.

Pero aquella sensación horrible, aquella sensación que no tenía nombre, volvió.

Volvió poco después, cuando salieron de un cine del *boulevard* de Clinchy. Ella llegó a sentir las uñas clavándose casi en su piel, desgarrando sus ropas. Un ramalazo de horror, un estremecimiento helado la sacudió por completo. Pero, conteniendo la respiración, se

volvió para sujetar la mano derecha de Henry.

No llegó a tiempo.

El pareció sujetarse a una butaca, como si fuera a caer y luego ocultó la mano en el bolsillo. No volvió a sacarla de allí en todo el camino, hasta que llegaron a pie al departamento de Ivette. Sin darle ni siquiera la mano, la despidió con un breve beso.

Estaba extraño, como ausente, como si pensara en otra cosa.

Ivette sintió, al encerrarse en la soledad de su apartamento, que las lágrimas acudían a sus ojos.

Él debía haber advertido que algo raro ocurría. Tenía que haberse dado cuenta por fuerza de que Ivette sospechaba, de que tenía miedo de él. ¿Y a qué hombre le place una idea semejante? ¿A qué hombre no le saca de quicio que lleguen a confundirle con un monstruo, con un ser de pesadilla?

Seguramente Henry la dejaría. Seguramente no volvería a llamarla y no se verían más.

Ivette se quitó el vestido, mientras pensaba mecánicamente en todo esto.

Y fue entonces cuando lo vio.

Fue entonces cuando estuvo a punto de lanzar un grito, cuando su garganta fue a romperse en un espasmo.

Porque allí, en el vestido, estaban las huellas.

Porque allí estaban los desgarrones dejados por unas uñas largas como garfios y duras como el acero.

Habían ido al cine otra vez, y ahora de noche, ya que él había tenido trabajo durante varias tardes seguidas.

Ivette no quería creerlo.

Era estúpido pensar en ello, era como creer que los muertos resucitan porque han visto en la calle a alguien que se parece muchísimo a un lejano pariente muerto.

No, no había de pensar más en ello.

Necesitaba ser como las otras muchachas, debía tener alegría, tener fe.

Durante toda la proyección de la película, exhibida en un cine cerca de la Porte des Lilas, ella estuvo acariciando aquella mano derecha que tenía una extraña suavidad, que era extrañamente íntima, extrañamente dulce.

Pero otra vez cuando salieron, cuando él estuvo a su espalda y la

empujó suavemente hacia la salida, como en tantas y tantas ocasiones, Ivette volvió a notar la presión de la garra a su espalda.

Contuvo también la respiración, pero no dijo nada.

Cuando salieron, la noche de París estaba más tenebrosa que nunca. Una niebla baja llegaba del Sena, que parecía haberse convertido en el Támesis, por unas horas. Las luces de la avenida apenas se distinguían perdiéndose en la distancia.

Ivette suspiró entonces profundamente y se volvió hacia él.

—¿Por qué no me enseñas la mano derecha, Henry?

—¿La mano... derecha?

—Sí.

El distendió los labios en una mueca extraña, lejana, que parecía no venir de sí mismo.

—Con mucho gusto, querida.

Y se la mostró.

Fue entonces cuando Ivette vio el horror, cuando lo comprendió todo, cuando lanzó aquel grito febril, inhumano, que se perdió en la niebla como un gemido lento, lento, lento...

Más lento y angustioso cada vez. Más y más.

CAPÍTULO II

El inspector Lartois susurró:

—¿Qué opinas tú, Nimes?

Nimes fumaba incansablemente, como era su costumbre. Tenía los dedos, el bigote y hasta las cejas manchadas de nicotina.

—Ha sido un crimen macabro, Lartois.

—Pero ¿qué opinas del arma?

—No sé qué decir...

—Hay algo seguro, al menos. No era un arma normal. Se trata de algo que uno no puede comprender a primera vista. ¿Qué piensas tú?

Los dos hombres hablaban entre la niebla, justo en el lugar donde veinticuatro horas antes había sido hallado el cuerpo sin vida de Ivette. Esta noche era macabramente parecida a la anterior en la niebla y en que apenas se distinguían las luces colocadas a poca distancia. La humedad caía sobre las calles, sobre las casas de París, como un manto que lo ennegrecía todo.

Nimes musitó:

—Quizá un rastrillo...

—¿Un rastrillo de qué clase?

—De los que emplean los jardineros.

—No acabo de entenderte.

—¿No has leído una vieja novela de Conan Doyle en que su héroe favorito, Sherlock Holmes, resuelve una difícil papeleta? Hasta hicieron una película de eso... Creo que se titulaba *La garra escarlata*. Pues bien, los crímenes que todos creían cometidos por la zarpa de una fiera, estaban causados por un hombre que empleaba las puntas de un rastrillo de jardinero. Creo que en este caso podemos encontraros ante algo parecido.

—Sí, tal vez...

Nimes encendió otro cigarrillo lentamente.

—¿Por qué hemos venido aquí? ¿No piensas que somos un poco estúpidos? ¿Qué pista va a ser posible hallar después de veinticuatro horas de cometido el crimen?

—No sé, es como una especie de inspiración... Sabes que otras veces ha resultado bien. Uno parece oler la misma atmósfera que olió el asesino, parece encontrarse en su ambiente. No se sabe cómo y de repente uno comprende...

Palpó la pared más cercana.

—... Comprende los móviles del asesino o se da cuenta de que existe un detalle en el que antes jamás se le hubiera ocurrido pensar. Pero confieso que esta noche no se me ocurre nada, a pesar de que estamos en el mismo ambiente que rodeó a nuestro asesino. Esta noche no logro entender absolutamente nada...

—Es que, ¿quién podía tener interés en matar a aquella pobre muchacha? Era una estudiante de Ciencias Exactas y vivía sola. No se le conocían enemigos ni apenas flirts, a excepción de un tipo llamado Henry y que ha desaparecido, aunque estoy seguro de que a última hora no va a tener nada que ver con el asunto. Siempre ocurre igual. Muchachos tímidos y medio idiotas que se esfuman en cuanto saben que otro ha descuartizado a la mujer de sus sueños, por miedo a que les carguen a ellos el paquete. No, no es por ahí por dónde hemos de buscar. Lo que necesitaríamos saber es el móvil del crimen y el arma empleada.

—Habrà que volver al mismo pensamiento. Quizá un rastrillo...

—El forense ha estado trabajando en el cadáver casi doce horas. En este momento lo tiene en el depósito del hotel Dieu. El insiste en que le parece una garra.

—Pero no asegura nada...

—¿Qué puede asegurar?

En aquel momento un gran automóvil negro pasó casi rozándolos, deteniéndose unos veinte metros más allá y entrando en el sombrío jardín de una enorme finca que ocupaba casi una manzana del círculo urbano y que debió ser construida a finales del siglo diecinueve.

Las luces de esa casa estaban encendidas.

Mimes susurró:

—Es extraño...

—¿Por qué?

—Ya es el quinto automóvil que llega esta noche para entrar en el jardín de esa casa.

—¿Estás seguro?

—Tú mismo puedes verlo.

Los dos hombres avanzaron lentamente hacia la casa, moviéndose igual que sombras entre la niebla.

No había nada en ellos que llamara la atención, excepto esos detalles minúsculos del policía que lleva muchos años en el oficio y que hacen pensar a la gente, nada más verle: «Ese tipo es un polizone, un pesquisas».

Lo mismo Nimes que Lartois contaban ya veinte años en la Sûreté, afectos a la División de Homicidios. Ambos llevaban el abrigo demasiado largo, el sombrero calado hasta las cejas y el cigarrillo siempre en los labios. Parecían no mirar a ninguna parte, pero se daban cuenta de todos los detalles, de cualquier insignificancia.

Llegaron ante la verja de la casa. Aquella verja estaba abierta. Daba a un inmenso jardín lleno de sombras, al fondo del cual brillaban como ojos misteriosos las ventanas de la casa.

Nimes musitó:

—¿Cuántas habitaciones debe tener eso?

—Lo menos dieciocho.

—Es increíble... Parece mentira cómo vivían los ricos hace ochenta años. Hoy hasta las personas más adineradas tienen que conformarse en París con un departamento de dos habitaciones. Y la casa es bonita, ¿eh? No parece vieja. ¿A quién pertenecerá?

Lartois dijo:

—Yo lo sé. Pertenecía al profesor Druon. Era un hombre inmensamente rico.

—¿Era? ¿Es que no vive ya?

Lartois le miró con sorpresa.

—¿Es que no lo recuerdas? Tú estabas entonces de vacaciones, pero por fuerza tuviste que oírlo mencionar. El profesor Druon murió asesinado hace cosa de medio año... y parecieron haberlo matado con una garra.

Nimes no contestó.

Sus facciones estaban ligeramente pálidas, pero eso no se advertía en la noche cargada de niebla.

Contaba los coches poco a poco, valiéndose de la luz que arrojaban las lejanas ventanas de la casa.

—Tenías razón; son cinco.

—Y los cinco aproximadamente del mismo modelo. Coches negros, un tanto anticuados, grandotes y de los que consumen demasiada gasolina.

—¿Para qué se habrán reunido aquí precisamente esta noche?

—No lo sé, pero la coincidencia me llama la atención. Vale la pena investigar. Llama a la Prefectura y luego a la pensión, por favor. Di que seguramente no volveremos en toda la noche.

CAPÍTULO III

Efectivamente, la casa era enorme y había sido construida a finales del siglo diecinueve, cuando París era todo lo bonito que es hoy, pero sin las incomodidades de la hora presente.

Cuando aún existían palacios y no apartamentos «funcionales», donde si el inquilino engorda cien gramos se expone a no poder entrar ya en su dormitorio.

Era una de esas casas construidas con materiales nobles y donde nada se ha dejado al azar, donde para las escaleras se ha traído auténtico mármol, para las molduras auténtico roble y para las fachadas la mejor piedra de sillería. Pero el tiempo había dado inevitablemente a aquella casa una pátina triste, había hecho que las ventanas se volvieran más sombrías y misteriosas, que las puertas ya no encajasen bien, que por las noches se oyeran mil quejidos que venían de las vigas y del entarimado, pero que cualquiera hubiese podido confundir con lamentos de seres que ya habían muerto.

A doscientos metros escasos del ferrocarril suburbano, aquella casa parecía, sin embargo, definitivamente alejada de París, definitivamente sola y envuelta para siempre entre la niebla.

Y no obstante, cinco personas habían acudido a ella aquella misma noche. Cuatro hombres y una mujer.

Cada uno había llegado en su coche y ahora se hallaban todos reunidos en el gran salón, donde un alegre fuego ardía en una monumental chimenea. Los muebles era antiguos, pero sólidos, la porcelana de las vitrinas eran de Sévres, y las lámparas estaban construidas con legítimo cristal de Murano. Imperaba allí un ambiente de elegancia ya extinta, ya caducada, pero las cinco personas que se encontraban reunidas en aquel lugar se sentían

penetradas por ella.

Eran, como se ha dicho, cuatro hombres y una mujer.

Los cuatro hombres debían tener la misma edad, aproximadamente unos treinta y cinco años. La mujer era más joven, pues debía haber cumplido recientemente los veintiséis o veintisiete. Era ella, desde luego, la que más llamaba la atención en aquel grupo.

Aunque de formas más bien discretas y que no despertaban el instinto de los hombres, tenía, en cambio, esa elegancia, esa distinción que sólo poseen algunas mujeres de París, sobresaliendo sobre la vulgaridad que las rodea. Tenía los cabellos color rubio ceniza, los ojos algo rasgados, la boca algo grande, pero voluptuosa, y las líneas bonitas. Usaba un vestido negro de una sola pieza, calzaba zapatos oscuros de alto tacón y sus piernas estaban enfundadas en finas medias.

Se llamaba Corine.

En cuanto a los cuatro hombres, eran bastante parecidos, al menos en sus trajes, muy severos, y en su expresión más bien reconcentrada y triste.

Uno de ellos, Jacques, parecía más fuerte que los otros.

De largos y finos músculos, de ojos grises y enérgico mentón, hubiera podido pasar en cualquier sitio por un luchador del peso ligero de los que admiran al público no por su brutalidad, sino por su habilidad en las presas.

El segundo, Christian, llevaba gafas oscuras y por eso apenas era posible distinguir la expresión de sus ojos. Todo en él parecía reconcentrado, hermético. Su aspecto resultaba más bien el de un intelectual un poco endeble, pero esta impresión desaparecía cuando se oía el crujir de sus nudillos al menor movimiento, cuando se reparaba en la tensión de sus músculos y el tamaño de sus puños. Cualquier observador imparcial habría pensado tal vez: «Éste es el más peligroso de los cuatro».

El tercero se llamaba Philippe, o, más sencillamente, Phil.

Era un hombre ligeramente más alto que los demás, un poco cargado de espaldas, acusando esa especial costumbre que tienen casi todos los hombres altos de disimularlo encorvándose sobre su pecho. Tenía los ojos muy negros y muy duros, la boca recta y firme, los puños pequeños, pero tan rápidos y contundentes que

bastaba sentirlos una sola vez sobre la piel para saber qué podían derribar un hombre al primer impacto.

En cuanto al cuarto, era el grueso del grupo, si bien no hubiera llamado la atención por eso en ninguna parte. Sencillamente, no estaba tan delgado ni musculoso como los otros. Su rostro era ligeramente agresivo, miraba siempre de frente y daba la impresión de uno de esos hombres que no se amilanaban ante nada, que golpean primero y preguntan después.

En este momento, pues, los cuatro se hallaban reunidos con la mujer, con Corine, en el gran salón de la casa, pero ninguno de ellos despegaba los labios.

Fue Phil el que preguntó:

—¿Por qué nos has reunido aquí, Corine? ¿Por qué te has atrevido a abrir la vieja tumba del jefe?

Corine paseó la mirada en torno suyo.

—¿Llamas tumba a esto?

—Bueno... —La sonrisa de Phil era agradable, aunque el dibujo de sus labios resultase algo duro—. Yo siempre he considerado esta casa como una especie de panteón. Aquí el jefe hacía sus experimentos y nosotros le ayudábamos. Aquí el jefe murió asesinado en circunstancias no aclaradas aún. Toda la casa tiene un aspecto tan lúgubre que nunca he resistido la tentación de compararla con una tumba.

El cuarto, llamado Jean, lanzó una seca carcajada.

—Lo que yo pienso es que podríamos haber venido de día. ¿Qué necesidad hay de convocarnos en una noche como ésta?

—¿Es que esta noche tiene algo de especial? —preguntó Corine.

—Hay una niebla de vampiros.

—Tonterías...

—¡Pero si casi no podía llegar con mi coche! Pocas veces he visto París así... La niebla ahoga la luz de los faros. Además...

—¿Además, qué?

Jean lanzó otra áspera carcajada.

—Además, anoche, ahí mismo, fue asesinada una muchacha. Lo decían los periódicos. ¿No los habéis leído?

—Todos los días hay crímenes en París, desgraciadamente —musitó Corine—... No creo que eso tenga que afectarnos, pero en cierto modo celebro que hayas hablado de ese crimen.

Jean parpadeó, sorprendido.

—¿Por qué?

—Luego lo sabrás.

Christian se acercó, y los ojos parecieron brillarle burlonamente detrás de las gafas oscuras.

—Estás muy misteriosa esta noche, Corine. Incluso hablas de crímenes y todo. ¿A qué viene eso?

—Necesitaba que habláramos, y una de las cosas sobre las que tenemos que hablar es precisamente ese crimen.

—Pues cada vez te entiendo menos...

En aquel momento intervino Jacques, el que se adivinaba más fuerte, más felino, de aquellos cuatro hombres.

—Yo tampoco te entiendo, Corine —musitó.

—Una vez hayamos hablado, me entenderéis perfectamente.

—Pero ¿cómo has conseguido las llaves? Si no recuerdo mal, esta casa tenía, por decirlo así, doscientos sistemas de seguridad en cada puerta y cada ventana. No era fácil penetrar en ella, ni aun después de la muerte del jefe. ¿Cómo has podido conseguirlo tú?

Corine puso ante sus ojos un pequeño manojito de llaves.

—Ya lo ves. De la forma más legal.

—Pero... esas llaves las tenía un notario. Las órdenes que, según creo, recibió fueron las de no prestarlas jamás a nadie.

—Excepto en el caso de que cualquiera de nosotros tuviese que convocar una reunión. Para eso el jefe dio su permiso y autorizó que utilizáramos su casa. ¿No recordáis el testamento que hizo poco antes de morir? Él no sospechaba en aquel momento que iba a terminar asesinado, pero de todos modos se sintió viejo, se sintió caduco, y tuvo el impulso que suelen tener las personas mayores en esas circunstancias: Dictó testamento. En él decidía que la casa seguiría cerrada durante cuatro años, incluso para nosotros sus discípulos, pero hizo la aclaración de que excepcionalmente podríamos reunirnos en ella.

—Y tú has usado de esa facultad...

—Sí, lo he hecho. Solicité del notario que él mismo cursara las convocatorias y me entregase las llaves.

—Pero ¿con qué objeto?

Corine los miró a todos uno por uno, deteniéndose en sus ojos, en el dibujo de sus labios.

El silencio se hizo tan intenso, tan espeso, que llegó a formar en la inmensa habitación como un clima de insostenible angustia.

Sólo se oía el respirar lento, silbante, de los cuatro hombres y la mujer, y el crepitar de los leños en la inmensa chimenea.

—¿Con qué objeto? —volvió a preguntar Jacques.

Ella siguió mirándoles.

—Cuando os lo diga sé que lanzaréis una carcajada o quizá os irritaréis conmigo, pero uno de vosotros se estremecerá en secreto.

Después de estas palabras el silencio se hizo más intenso, más espeso, aún más angustioso que antes.

—¿Quién de nosotros? —preguntó al fin Christian, incapaz de resistir aquella tensión—. ¿A qué te refieres? ¿Qué diablos es lo que tienes que decirnos?

Corine susurró:

—Sencillamente esto: Uno de vosotros, un hombre normal, cambia a determinadas horas.

CAPÍTULO IV

Como Corine había supuesto, sonó una carcajada.

La risa seca y áspera de Jean se unió a la risa suave y silbante de Christian, y a las carcajadas un poco roncadas de Jacques y Phil.

Los cuatro reían a la vez.

Los cuatro miraban a Corine como si ésta se hubiese vuelto loca, hasta que un poco más tarde los ojos amargos, casi trágicos, de la muchacha les hicieron comprender que ésta no había hablado en broma. Que tras sus palabras se ocultaba una horrible verdad.

Una verdad increíble, pero que estaba ante ellos y parecía palpar a través de los ojos de aquella mujer.

Phil susurró:

—¿Un monstruo?

—¿Pretendes decir que, por las noches, uno de nosotros se convierte en Frankenstein? —preguntó Christian.

—¿O que somos el doctor Jekyll y mister Hyde?

Corine musitó cansadamente:

—Sentémonos. Es necesario hablar.

Ella lo hizo primero, ocupando uno de los butacones, al que había quitado la funda, y cruzó las piernas.

Los cuatro hombres se sentaron en silencio ante ella, las facciones tensas, los ojos más o menos clavados en sus piernas.

Phil pensó:

«Tiene las piernas muy bonitas, la muy tigresa...».

Y Christian:

«Estas medias son de primera. Me gustaría de verdad ver el sitio dónde terminan...».

Jean y Jacques, más metódicos, pensaron algo muy parecido:

«Sabe cruzar las piernas con gracia. Nadie diría que esta mujer

es un genio de las matemáticas...».

Ajena a las miradas que aquellos cuatro hombres habían clavado en sus piernas, en la curva audaz de sus rodillas. Corine prosiguió:

—He dicho que uno de vosotros se convierte en un monstruo en determinados momentos, y pienso mantener esa afirmación.

—Pero ¿un monstruo de qué clase...? —preguntó Phil—. ¿Quieres decir que uno de nosotros, en determinados momentos, se vuelve loco?

—No, sino al contrario. La persona de quien hablo conserva toda su facilidad de raciocinio.

—¿Y en qué se nota que es un monstruo?

Corine susurró:

—En que sus manos, o por lo menos una de ellas, se convierten en garras.

Hubo un momento de estupor entre los cuatro hombres, a causa de aquellas palabras increíbles. Los cuatro se miraron como si se vieses por primera vez, como si creyesen estar viviendo un sueño absurdo. En sus ojos pudieron leerse expresiones muy contradictorias, desde el asombro a la risa.

Fue Jacques el que dijo, rompiendo el silencio, cuando ya éste parecía interminable:

—Pero vamos a ver si nos entendemos. ¿Todo esto lo dices en serio, Corine? ¿Nos has llamado aquí porque estás segura de que uno de nosotros se convierte en una especie de lobo humano?

—Sí.

La voz de la mujer, seca y tajante, no dejaba ni el más leve resquicio para la duda.

—Bueno, parece divertido, ¿y eso cuándo ocurre?

—A determinadas horas, supongo que casi siempre de noche.

Jacques empezó a contener una carcajada.

—O sea que mi mano derecha, por ejemplo, se convierte de repente en una horrible garra.

—La tuya o la de otro; eso es lo que no sé.

—Pero supongamos que sea la mía. —Jacques continuaba haciendo esfuerzos para no reírse—. De pronto yo miro mi mano derecha y veo que ya no la tengo; en su lugar hay una especie de garra de lobo. Divertido, ¿verdad? ¿Y luego qué pasa?

—La garra desaparece otra vez.

Ahora sí que Jacques pareció no poder contenerse y lanzó otra carcajada, una carcajada burlona que obtuvo extrañas resonancias en aquella habitación que durante meses enteros no había visto ninguna presencia humana.

—¿Y cómo? —preguntó Jacques, cuando su acceso de hilaridad hubo pasado en parte—. ¿Cómo se consigue esa milagrosa transformación?

—Eso es —preguntaron los otros, acompañándole también en sus carcajadas—. ¿Cómo?

—No lo sé... —gimió Corine, retorciéndose los dedos angustiosamente—. No lo sé, pero lo que os digo existe... ¡Existe!

Los cuatro hombres siguieron riendo, pero insensiblemente sus risas bajaron de tono. Primero fue Jacques quien se detuvo, al notar la expresión angustiada de Corine; luego los otros. Porque había tanta amargura en aquella expresión de mujer, tanta incertidumbre, que todos se dieron cuenta de que sus palabras podían no ser creídas, pero nunca tomadas a broma. Porque Corine pensaba de verdad lo que estaba diciendo. Porque para Corine aquel problema existía, porque Corine parecía pensar que realmente cualquiera de ellos era un monstruo. Y con esto sí que no se podía bromear.

—Por favor —musitó Jacques—, tú crees de verdad todo lo que has estado diciendo, ¿no es así, Corine?

—Sí.

—Entonces debes haber sufrido mucho.

—No os podéis imaginar hasta qué punto.

Los otros tres habían dejado de reír y ahora contemplaban con expresión absorta la faz angustiada de Corine. En sus ojos palpitaban el recelo y la sospecha; aún no terminaban de creer en la realidad de lo que estaban viviendo.

—Los cinco hemos formado siempre un grupo muy unido —siguió diciendo Jacques— aunque hayamos tenido nuestras rivalidades a lo largo del tiempo. Trabajamos algunos años con el profesor Druon y llegamos a ser su equipo exclusivo, su equipo de absoluta confianza. Los cinco somos, se puede decir sin falsa vanidad, grandes matemáticos y grandes biólogos, gente un poco rara, pero personas que llevan, al fin y al cabo, una vida normal. ¿Por qué has supuesto que uno de nosotros ha tenido la desgracia de convertirse en un monstruo? ¿Qué te ha hecho pensar esa

locura?



Mientras el coche pasaba, el inspector se ladeó

—Sé que digo la verdad.

—Eres muy obstinada, Corine —siguió Jacques con una sonrisa

—. Pero vamos a discutirlo con calma.

—Para discutirlo con calma os he hecho venir aquí.

—¿En qué te fundas para haber pensado lo del monstruo?

—En la muerte de nuestro jefe, el viejo profesor Druon.

—Murió con la garganta seccionada por lo que parecía una garra —interrumpió Phil—, pero eso, ¿qué tiene que ver? Hay montañas de asesinatos misteriosos en Francia cada año. No descubrieron al hombre que lo mató. ¿Y qué?

—El hombre que lo mató pudo ser uno de vosotros.

Christian palideció, y los ojos miraron furiosamente desde detrás de los cristales oscuros de sus gafas.

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—La policía sólo pudo obtener testigos que habían visto huir a un hombre de esta casa —musitó Jean—, pero ahí acaba todo. Ni siquiera estuvimos detenidos unas horas. ¿Cómo, pues, al cabo del tiempo, te atreves a acusarnos?

—Por el detalle de la garra.

—¡Eso es una estupidez! —exclamó Christian, poniéndose bruscamente en pie—. ¡Hay mil armas que producen una herida semejante a las uñas de una garra! ¿Por qué necesariamente al profesor Druon hubo de matarle un monstruo?

—¿Y por qué ese monstruo ha de ser uno de nosotros? —interrumpió bruscamente Jean.

—¿Recordáis en lo que estaba investigando Druon cuando apareció muerto? —musitó Corine, hablando ahora con una calma glacial.

Los cuatro hombres se miraron y durante unos instantes volvió a imperar entre ellos un pesado silencio.

—Claro que lo recordamos —respondió Jacques por todos—. Estaba haciendo experimentos sobre la posibilidad de trasplantar miembros humanos.

—Es decir, sobre la posibilidad de que el brazo de, un cadáver, por ejemplo, llegara a servir para un hombre vivo al cual le había sido amputado, ¿no es así?

—Tú lo sabes mejor que nosotros. Eras su secretaria.

—¿Y no estaba el profesor inquieto y amargado durante los últimos tiempos? ¿No había cambiado radicalmente?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿No hizo experimentos con los cuatro? —siguió preguntando Corine.

—Con los cinco —corrigió Jean—. Tú también te ofreciste

voluntariamente.

—¿No es posible que en esos experimentos... en uno de ellos, quiero decir... algo fallara? ¿No es posible que el profesor Druon se diera cuenta demasiado tarde de que había creado una especie de monstruo?

—¿Un ser al que le creciese una garra de vez en cuando?

Corine dijo firmemente, apretando los labios y dándose cuenta de la importancia de sus palabras:

—Así es.

—¿Sabes lo que dices?

—Lo he pensado millones de veces.

—Pero aun suponiendo —musitó Jacques— que, por una causa biológica incontrolable, a uno de nosotros le hubiese surgido una garra en la mano derecha...

Jacques iba a continuar hablando, pero se dio cuenta de que algo había cambiado en la mirada de Corine.

Ahora la mirada de la mujer taladraba, hacía daño, parecía atravesar la piel.

—¿Qué ocurre? —susurró confuso.

—¿Cómo sabes que ha de ser precisamente la mano derecha? —preguntó ella, con voz cortante como el filo de un cuchillo.

—Pues... —Jacques pareció vacilar, y sus fuertes músculos se relajaron—. Pues... no sé exactamente por qué he hablado de la mano derecha. Quizá me la estaba mirando en este momento, no lo sé... Tal vez es que uno piensa en su mano derecha como la más importante.

Christian atajó la cuestión enseguida, antes de que Jacques hubiera podido salir de su momentánea turbación.

—Y si esa garra aparece, ¿cómo desaparece luego?

—No lo sé... —confesó Corine, retorciéndose las manos con angustia—. No podéis imaginaros hasta qué punto estoy desesperada con esta pesadilla. No sé nada excepto una cosa: Que mis horribles sospechas son ciertas. Pero los detalles los ignoro, y por eso os he convocado esta noche. De otro lado... —Hizo una ligera pausa y añadió—: De otro lado vosotros sabéis bien que son frecuentes los órganos que aparecen y desaparecen en algunos insectos, así como los cambios de colorido, lo cual indica variaciones asombrosas en su sistema glandular. ¿Por qué no podría

haber ocurrido algo parecido en el sistema glandular de un hombre? ¿Por qué uno de los experimentos de Druon no podía haber arrojado ese resultado fatídico?

Hubo otro silencio pesado, expectante, casi angustioso, en aquel grupo que se hallaba reunido en el centro de la sala. Otra vez fue posible oír el leve crepitar de los leños en la inmensa chimenea, y otra vez la niebla pareció penetrar en la vasta habitación envolviéndolos a todos, ahogándolos a todos.

—Eso quiere decir que un monstruo que se ignora a sí mismo anda suelto por París, ¿verdad? —preguntó Jacques suavemente.

—Sí.

—Es absurdo...

Christian fue hacia una de las enormes ventanas y describió de golpe las grandes cortinas que impedían ver el exterior.

—¿Qué veis? —preguntó.

Todos miraron hacia allí. Todos parecieron sentir la misma extraña inquietud, como si pegado a aquellos cristales hubieran esperado ver el rostro del fantasma.

Phil susurró:

—Pues lo que vemos es... la maldita niebla de esta noche y, más al fondo, algunas de las luces de París.

—Eso es —dijo Christian—. París... Todos sabéis que esta capital tiene más de cinco millones de habitantes y es una de las ciudades más materialistas del mundo. Aquí hay muchos bohemios, muchos artistas y mucha gente que parece vivir del aire, pero la verdad es que todo se cotiza en francos, que todo tiene un precio y que todo se compra y se vende. En París todo tiene un precio, desde la honra de las mujeres al talento o la dignidad de los hombres. Quizá por eso la capital nos parece tan endiabladamente bonita... —suspiró—. Pero ¿puede haber en ella alguien que crea en monstruos y en fantasmas? Amigos míos... Si estuviéramos en un castillo de Escocia o en alguna de esas ciudades misteriosas que aún quedan en Oriente, yo os diría: «Vamos a creer en los monstruos». Pero ¿aquí? ¡Aquí lo único que la gente cree es que los alquileres van a subir todavía más y el franco va a devaluarse! ¡Dejémonos de tonterías y vámonos a algún *cabaret*! Todavía estamos a tiempo, ¿no? Y todavía somos endiabladamente jóvenes...

Se apartó un poco de la ventana para volver a correr las pesadas

cortinas. La niebla y las luces se esfumaron.

El silencio volvió a pesar sobre los tres hombres y la mujer, que estaban meditativos en el centro de la sala.

Todos tuvieron conciencia de que la casa era inmensa, de que se estaba bien allí, en compañía, pero se dijeron que les daría miedo salir de la habitación y empezar a recorrer las habitaciones vacías y solitarias, donde no había entrado nadie desde el asesinato de Druon.

Jacques se encogió de hombros al fin, rompiendo el silencio.

—Cierto... —dijo—. Me gustaría volver a bailar contigo, Corine. ¿Por qué no nos vamos a un *cabaret*?

Corine dijo secamente:

—Vamos a hablar una cosa mucho mejor que perder el tiempo diciéndonos tonterías en una pista de baile.

—¿Sí? ¿Y cuál es esa cosa mejor?

—Vamos a recorrer todas las habitaciones de la casa.

CAPÍTULO V

Nimes susurró:

—¿Podríamos obtener algún dato más acerca de la muerte del profesor Druon? ¿Quién hizo las primeras investigaciones?

Hablaba desde la puerta de la verja, con los ojos obstinadamente clavados en los cinco automóviles negros que descansaban en el jardín, medio difuminados por la niebla.

—¿Qué tiene eso que ver con el caso de la muchacha degollada?

—No sé, pero creo ver una extraña relación. Es como un presentimiento o, más bien, un razonamiento lógico. Las dos muertes se parecen.

En aquel momento, brotando de la niebla, como si hubiese obedecido a una llamada misteriosa, apareció una figura humana.

Era una de las figuras más típicas de París: La del gendarme abrigado con su capa corta, su casquete redondo y su chapa de identificación colgando de uno de los ojales de la guerrera. A éste no le faltaban ni los bigotes para parecerse a los gendarmes que suelen aparecer en las ilustraciones de las revistas.

Saludó a Lartois, al que conocía.

—Buenas noches, inspector. ¿Trabajando a estas horas?

—Sí y no. Charlábamos dando una vuelta. Usted es Gartes, ¿verdad?

—Sí, inspector, y pertenezco a esta demarcación desde hace largo tiempo. Ahora hacía mi ronda.

—En ese caso conocerá lo del asesinato del profesor Druon. Murió en esta misma casa.

El gendarme miró el edificio, frío, inmenso y solemne, envuelto por la espesa niebla.

—Sí, inspector, naturalmente que lo recuerdo. Y aún, si supiera

que no van a reírse de mí, les diría otra cosa.

—¿Algo importante? Dígalo.

—Lo comuniqué en mi informe, pero no me creyeron.

—¿No le creyeron? ¿De qué se trataba?

El gendarme susurró:

—Vi a su asesino anoche.

CAPÍTULO VI

Reinaba la penumbra en el pequeño despacho de la Prefectura donde, se amontonaban los expedientes. Una bombilla solitaria colgaba sobre los papeles amarillos. Todo parecía amarillo allí, desde aquellos papeles hasta el rostro apergaminado del sargento.

Por la única ventana, abierta a las mil luces de París, parecía esta noche penetrar la niebla.

El sargento buscó uno de los últimos expedientes.

—Aquí lo tiene, inspector. Y está al día.

Nimes lo ojeó.

Detrás suyo, con la mirada atenta y las facciones un poco borrosas, estaba el inspector Lartois.

—¿Está ahí la primera declaración de Gartes? —preguntó al cabo de unos instantes—. ¿Qué es lo que dice que vio la noche que asesinaron al profesor Druon?

Nimes miró las últimas páginas.

—Dice que vio a un hombre huyendo. Era un hombre más bien alto, que llevaba un grueso abrigo, un sombrero y las solapas cubriéndole casi enteramente el rostro. Un clásico fugitivo de los que aparecen en las películas, vamos. Casi no se le podía distinguir.

—Pero ¿Gartes pudo verlo de cerca al menos?

Nimes siguió leyendo.

—Parece que sí, pero sólo en cierto modo. Es decir, el tipo estaba de espaldas. Escapó, saliendo del jardín de la casa, antes de que Gartes pudiera hacer nada para detenerlo. Es decir, el gendarme Gartes ignoraba en ese momento que se acababa de cometer un crimen. Más bien pensó que se trataba de algún ladrón, y por eso no hizo ningún disparo.

—¿Ni siquiera al aire?

—Supongo que debió pensar que era tonto revolucionar el barrio por una cosa así. Además, puesto que el fugitivo no llevaba nada en las manos, lo más lógico era creer que se trataba de un ladrón que no había tenido éxito.

Nimes dejó el expediente sobre la mesa, bajo la luz amarillenta de la bombilla.

—Supongo que se buscó durante bastante tiempo al fulano que había descrito Gartes —opinó Lartois.

—Sí, pero el expediente termina con una comunicación de la policía al Juzgado diciendo que no se había tenido éxito en las averiguaciones, y que el asunto quedaba provisionalmente cerrado.

Los dos hombres se sentaron en el largo banco de madera que ocupaba toda una pared del despacho. Lartois encendió un nuevo cigarrillo.

Aspiró una bocanada de humo mientras veía proyectarse sobre la ventana las luces de los coches que pasaban por la rue Soufflot. Aquellas luces parecían arrojar las masas de niebla contra la ventana, como si fueran una cosa sólida.

—Ahora comprendo lo que nos ha explicado Gartes —dijo pensativamente—. Al decirnos que había visto al asesino otra vez, quiere significar que se encontró nuevamente con aquel hombre.

—Pero ¿cómo está tan seguro si la primera vez no llegó a verle el rostro?

—Gartes no estaba seguro, al parecer. De lo contrario habría detenido a aquel hombre a costa de lo que fuese. Pero tuvo la sensación de que era él; es decir, dio parte y además nos lo ha contado a nosotros.

—Es lástima que no tuviera tiempo de pedirle la documentación. O quizá se habría llevado una sorpresa.

—Sí, es lástima, pero ya has oído lo que ha dicho. El tipo se le esfumó también como si tuviera un pacto con el diablo.

—Al menos habrá podido verle esta vez mejor. ¿Qué te ha contado mientras yo vigilaba la casa?

—Que el tipo aquel llevaba la mano derecha en uno de los bolsillos de su abrigo, y que la izquierda era una mano suave y fina, de hombre que no realiza labores rudas.

—¿Sólo se fijó en eso?

—A veces reparamos en detalles de la personas sin saber

exactamente por qué. Gartes, ese gendarme, reparó en su mano izquierda. El mismo no puede explicar por qué se fijó en eso y no en otra cosa, pero tal vez porque fue lo que en aquel momento tuvo más cerca de los ojos.

—Eso significa... eso significa que, si Gartes tiene razón, el asesino todavía merodea por la casa. Porque lo vio por allí cerca, ¿no?

—Así es.

Nimes se puso en pie, y a los pocos instantes Lartois le imitó, mirando hacia la ventana color gris-negro en la que se enmarcaba la niebla.

Nimes susurró:

—Todo esto significa que el asesino aún está en el lugar del crimen... y que espera volver a matar.

CAPÍTULO VII

—¿Por qué? —preguntó Jean—. ¿Por qué hemos de pensar que la persona o la bestia que mató al profesor Druon aún espera asestar un nuevo golpe y está en algún sitio de esta casa?

Todos se miraron lentamente. Todos miraron sobre todo el rostro de Corine, que parecía tallado en cera.

Ahora el silencio era tan absoluto que, aparte el suave crepitar de los leños en la chimenea, oían todos perfectamente el tic-tac de un reloj de pesas que había en la sala contigua.

Fue ese
tic-tac

lo que llamó al fin la atención de Jacques. Fue él quien preguntó:

—El reloj debería estar parado, si nadie ha entrado en la casa. ¿Quién le ha dado cuerda? ¿Deberemos creer que el asesino ha vuelto a estar aquí?

La mirada con que los hombres se escrutaban, se vigilaban, se hizo más dura y más intensa.

Cinco rostros se volvieron hacia el solitario reloj de la sala contigua, sobre el que se proyectaban las llamas de la chimenea. La esfera brillaba en la penumbra definiendo un interrogante o como una acusación.

Al fin fue Corine la que dijo:

—Lo he puesto en marcha yo. Ha sido una tontería, ¿verdad? Pero estaba parado desde que mataron a Druon. He creído por un momento que, si el reloj marchaba, las cosas volverían a ser como antes.

—Nadie necesita que las cosas vuelvan a ser como antes —dijo ásperamente Phil.

—Yo sí —musitó Corine—. Yo he pasado aquí los mejores años de mi vida, y me gustaba este ambiente. El reloj siempre exacto, la chimenea encendida, el ambiente de calma y de trabajo que se respiraba aquí... Pero dejémonos de recuerdos. El profesor Druon fue asesinado, y es nuestro deber lograr que el hombre que lo hizo pague el precio fijado por la ley. No, no os sorprendáis —añadió al ver el rostro levemente crispado de sus compañeros—; todos sabéis bien cómo sentí yo la muerte de Druon. Por eso quiero que el crimen no pueda quedar impune.

—Pero tú afirmas que el culpable es uno de nosotros —musitó Jacques.

—Quizá lo es sin darse cuenta él mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche asesinaron a una muchacha cerca de aquí —susurró Corine, con los ojos quietos como los de una estatua—. Me he enterado de bastantes detalles acerca de ese suceso. No me cabe duda de que lo hizo la misma persona o el mismo monstruo que asesinó al profesor Druon.

—Pero ¿estás loca?

El que había hablado era Christian. Se le notaba nervioso, inquieto, con los ojos bailando tras los cristales de sus gafas negras.

—No estoy loca, Christian. Sé lo que me digo.

—¿Y para qué pretendes que registremos las habitaciones de la casa? Si el culpable es uno de nosotros, ¿qué vamos a ganar con eso?

Corine dijo por entre sus labios apretados:

—Así el culpable tendrá una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿De qué clase?

Era Christian el que hablaba aún, mientras sus ojos brillaban tras las gafas más furibundos que nunca.

—Así el culpable podrá comprender que está cercado —susurró Corine— y entregarse a la policía.

—Tú deliras...

—¿Por qué?

—¡Nadie se entrega después de cometer dos crímenes por los que le espera la guillotina!

—O no.

—¿Qué quieres decir?

—El culpable de todo esto puede o no ser responsable de sus actos. Para mí se trata de un pobre enfermo que necesita curación. Hasta ahora ha estado solo y desesperado con su propio secreto, pero ahora tiene una oportunidad de reflexionar. Si se entrega, no será guillotinado. La policía hará que termine ingresando en un sanatorio; estoy segura.

—¿Y tú por qué te tomas tanto interés por ese hombre?

Las facciones de Corine, habitualmente serenas, sufrieron una ruda contracción, una contracción violenta y dolorosa.

—¡Pero es que se trata de uno de vosotros! ¿No lo comprendéis? Uno de vosotros. Habéis sido mis compañeros durante bastantes años. Hemos trabajado juntos mucho tiempo, a pesar de nuestra juventud. ¿Creéis que debemos ver con indiferencia cómo uno de nosotros se convierte en un monstruo, sin hacer nada por él? ¿No es humano darle una oportunidad para que intente reflexionar?

Jacques, que parecía el más sereno, musitó:

—Todo esto me parece producto de una crisis nerviosa, Corine. No tienes ningún motivo para hablar así. Todo se reduce a un juego de casualidades a las que has dado demasiada importancia.

Ella se retorció los dedos con desesperación.

—Por favor, creedme...

—¿Y qué vamos a ganar separándonos para registrar la casa?

—El hombre a quien me refiero estará solo y tendrá una oportunidad para reflexionar.

—Eso podríamos conseguirlo yéndonos a casa.

—Si nos separamos perderemos esta oportunidad. Si se rompe la atmósfera en que estamos sumidos, nos olvidaremos de todo —insistió tenazmente Corine—. Hemos de hacerlo ahora o no lo haremos nunca. Por otra parte, no me resigno a que ese monstruo vuelva a salir a la calle en libertad. No quiero que vuelva a tener ocasión de cometer otro de sus horribles crímenes.

Todos se miraron nuevamente, mientras a sus ojos asomaba la sospecha. Todos parecieron pensar que palpitaba una trágica verdad en el fondo de las palabras de Corine.

—Lo mismo podría conseguirse meditando todos por separado —sugirió Jacques—. No hace falta ir jugando al escondite por todos los rincones de la casa.

—Cierto —reconoció Corine—. Y para dejaros en más libertad,

yo voy al antiguo laboratorio del profesor.

—¿No te dará miedo entrar allí? —preguntó rápidamente Christian.

—¿A mí miedo? ¿Por qué?

—Aquello es tan... tan...

—Sí, ya sé lo que vas a decir: Tan especial y tan siniestro. Pero no olvides que he trabajado durante años en aquel sitio. A mí no puede darme miedo. ¿Qué estupidez estás pensando, Christian?

Él se mordió los labios.

—Mira, esto es absurdo, y no creo una palabra de lo que dices. Pero suponiendo que sea verdad piensa que... En fin, piensa que si uno de nosotros es el monstruo de quien hablas, se le van a dar dos clases de oportunidades.

—¿Cuáles?

—Una, la de reflexionar y entregarse. Otra... la de reflexionar también y comprender que lo que más le conviene es acabar con todos nosotros, ahora que estamos indefensos.

La suposición no asustó para nada a Corine, a pesar de saber que tras aquellas palabras podía ocultarse una horrible certidumbre.

—¿Indefensos? —musitó, por el contrario—. ¿Creéis que está indefenso un hombre como Jacques, por ejemplo? ¡Es capaz de partir en diez segundos el espinazo de cualquiera que se le ponga por delante! ¿Y Phil? Phil ha practicado el judo durante mucho tiempo, y es cinturón violeta. ¿Creéis que dejaría que le asesinaran como a un perrito? No... Aquí, en todo caso, sólo hay una persona que corre peligro, y esa persona...

—Eres tú —terminó Christian.

—Sí, pero estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Yo no —susurró Phil—, yo no quiero que tú aparezcas muerta como esa muchacha de la cual has hablado.

—¿Ves cómo ya empezáis a creer en mis palabras? —musitó Corine—. Ahora ya no os parece tan absurdo lo que he dicho acerca del monstruo.

—La verdad es que hablas de un modo... —musitó Jacques—. Uno no sabe qué creer al fin. Te explicas como si tú misma hubieras visto esa garra degollando a alguien.

—No la he visto, pero sé que existe. Sé que existía ya cuando el jefe fue asesinado.

Jean encendió un cigarrillo y se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—, ¿por qué no hacer lo que Corine quiere, ya que se ha empeñado tanto? Yo voy a pasarme un rato en los archivos para reflexionar, ya que nuestra encantadora amiga lo quiere. Si no recuerdo mal, el profesor Druon, que también era un cuco, tenía allí unas cuantas revistas con chicas ligeritas de ropa. ¿Y tú, Christian?

Christian también se encogió de hombros.

—Yo voy al dormitorio del profesor. ¿Por qué no? De paso me echaré una siestecita.

Jacques y Phil se miraron.

—Qué tontería... —susurró Jacques.

—De todos modos vamos a hacerlo —gruñó. Phil—. ¿Dónde infiernos te vas a quedar tú?

—Yo aquí.

—Pues yo —dijo roncamente Phil—, iré a la cámara oscura, al laboratorio fotográfico de Druon, al sitio donde su cuerpo apareció degollado por las uñas de una garra.

CAPÍTULO VIII

Christian estaba en lo que había sido dormitorio del profesor Druon.

Era un dormitorio monumental, construido al viejo estilo, con muebles tallados en madera negra y un armario donde hubiese podido caber cómodamente un piquete de gendarmes.

Christian recordó las veces que él había entrado allí, cuando el profesor aún vivía.

Druon no consentía que le molestaran durante sus horas de descanso, y procuraba vivir además rigurosamente solo. Pero un par de veces estuvo enfermo y tuvo que recibir a sus ayudantes en aquel dormitorio. Christian, que era el que cuidaba de la correspondencia y de las cuestiones más urgentes, era quien generalmente había tenido que entrar allí.

Ahora pensaba en eso. Pensaba también en Druon, cuyo asesino no sería descubierto nunca.

Pero ¿por qué no olvidarlo? ¿Por qué la imbécil de Corine les había convocado allí?

Cerró los ojos un momento, mientras se tendía con cierta aprensión en la cama, tras levantar el cobertor.

Corine...

Resultaba hermoso pensar en ella allí, tumbado, recordando lo bonita que era, recordando sus palabras, sus labios, pensando que podía estar aquí, en la habitación, dejándose acariciar lentamente.

Los ojos de Christian se abrieron poco a poco, mientras se retiraba las gafas.

Aquellos ojos brillaban.

Corine estaba sola en el enorme laboratorio de Druon. ¿Y por qué no? ¿Por qué no hacer que aquellos pensamientos prohibidos se

convirtieran en una realidad... precisamente esta noche?

Christian se puso en pie y caminó hacia la puerta suavemente.

Sí. Había únicamente una luz encendida en el inmenso laboratorio. Y Corine estaba sola.

Los ojos de Christian volvieron a brillar.

Sola...

A Corine le debía haber ocurrido algo extraño en una de las medias, porque se estaba subiendo la falda. En silencio, con la cabeza inclinada, con los hermosos cabellos cayéndole sobre la frente, luchaba obstinadamente con uno de los tirantes de su ligero, procurando centrar la media en su punto exacto. Al creerse sola obraba con una deliciosa confianza, con una naturalidad que la hacía aún más enloquecedora, con una suave y deliciosa femineidad.

Christian contuvo la respiración.

Siempre le había gustado Corine, siempre, desde el primer día en que vino allí, procedente de la Facultad de Ciencias Exactas. Siempre había pensado cómo serían sus piernas, cómo sería su cintura cuando estuviese en la intimidad. Y ahora, en cierto modo, podía verla.

El hombre sintió que se le secaba la boca.

La única luz daba sobre ella, sobre su figura enloquecedora, y al mismo tiempo deliciosamente suave. Christian lamentó no haber probado suerte antes de ahora. Dos veces había dicho a Corine que le gustaba, pero sin resultado. Corine se había limitado a sonreír. Luego tuvieron aquella cuestión que le permitió a él ganar la cátedra de Análisis Matemático, dejándola relegada a ella. Pero ¿quién se acordaba de eso? ¿Por qué no podían pensar simplemente que eran un hombre y una mujer?

Corine oyó sus pasos mientras él avanzaba, a pesar de que hizo lo posible para no hacer el menor ruido.

Ella le miró, mientras poco a poco dejaba resbalar hacia abajo su falda.

—Christian...

Su voz era sorprendida, ronca.

—Christian, ¿qué haces aquí?

—Corine...

Las manos ansiosas del hombre cayeron sobre ella. Su cuerpo

recio, de duros perfiles, la arrinconó contra la mesa.

—Estate quieto, Christian. Te has vuelto loco...

—Loco por ti.

—Estamos aquí para descubrir algo horrible, no para besarnos como unos niños. Dé... ¡Déjame!

El la besó ansiosamente en la boca, mientras la besaba con todas sus fuerzas, en el inmenso laboratorio se oyó el suspiro desalentado de Corine.

—Déjame...

—Ninguna mujer me ha gustado tanto como tú. Me haces perder el control de mí mismo, me vuelves loco...

La besaba una y otra vez, mientras ella hacía esfuerzos por respirar, mientras sus manos intentaban inútilmente apartar el poderoso pecho del hombre.

—Te he dicho que me dejes... Sabemos que el asesino está aquí...

—Pero ¿de qué asesino hablas?

—¿Has olvidado acaso lo que sucedió con el jefe? ¿Quieres que con nosotros ocurra lo mismo?

—No va a matarnos a los dos. Cállate y piensa en otra cosa, pequeña...

Cuando iba a besarla de nuevo, ella simuló quedar vencida bajo la fuerza de sus brazos y relajó todo el cuerpo, haciendo que los labios de Christian exhalaran un suspiro.

—Esto tuvimos que haberlo pensado antes, nena...

Aprovechando el momento, Corine se separó de él con una hábil finta. Cuando creía tenerla más cerca que nunca, Christian, perplejo, abrazó el aire. Con un gemido de estupor se volvió hacia la muchacha, que le miraba desde dos pasos más allá, llameantes los ojos.

—Corine...

—¿Ya has dejado de hacer estupideces, Christian?

—¿Es que no te das cuenta de que te quiero? ¡Estoy dispuesto a pedirte que te cases conmigo, Corine!

—¿Casarme contigo? Eres muy generoso, Christian. Seguro que piensas que voy a caer rendida en los brazos del catedrático más joven de Francia, ¿verdad?

Christian se mordió los labios.

—¿Quién se acuerda de eso? Ya sé que nunca me has perdonado el que yo influyera en el tribunal de oposición para que la cátedra fuese mía. He confesado más de una vez que hasta empleé a mis amigos con cargos en la alta política para que la cátedra de Análisis Matemático fuera mía, cuando en realidad es muy posible que la hubieses recibido tú. Pero ¿es que vamos a pensar en una cosa que sucedió hace dos años? ¿Para qué necesitabas tú enseñar en una cátedra? Eres una mujer, una mujer bonita, Corine... Tú lo que debes hacer es casarte, conocer el amor...

—¡El amor junto a ti no lo necesito para nada!

—Sabes que te quiero...

—Te gusto, que es muy distinto. No se te ha ocurrido pensar en el «sublime amor» que sientes por mí hasta que en un descuido has visto mis piernas.

—¿Está prohibido pensar que las tienes muy bonitas?

—¡Vete!

—¿Irme? No lo esperes, Corine, ahora que por fin estamos solos. Me vuelves loco...

Avanzó hacia ella, pero fue en aquel momento cuando oyeron un leve ruido a su espalda.

Ruido de alguien que se encontraba tras ellos.

Ruido de alguien que les estaba mirando...

Christian, que se hallaba cerca de la puerta, sintió como un ramalazo de horror al oír aquel ruido casi junto a su nuca, y se volvió con la rapidez de una centella. Pero ya no pudo ver nada.

La única luz encendida en el inmenso laboratorio arrojaba sombras espesas sobre la larga mesa, sobre las hileras interminables de probetas, sobre los horribles recipientes de cristal donde en baño de alcohol o de formol se guardaban restos de organismos humanos.

Parecía aquello un museo de los horrores, pero seguramente estaban solos en él. No se veía ahora ni rastro del que debía haberlos estado espiando hasta unos segundos antes.

Corine susurró:

—¿Te das cuenta, imbécil? —Su voz era despreciativa, lenta—. Alguien nos ha visto. Alguien se ha dado cuenta de todas las estupideces que estabas cometiendo. Y si es uno de los otros puede pensar que yo...

Christian masculló roncamente:

—No podía ser uno de los otros.

—¿Qué estás pensando?

—El que nos estaba espiando tenía que ser por fuerza el hombre o el monstruo que mató a Druon.

Había sido Corine la que en principio dijo aquello. Pero ahora era Christian el que lo pensaba, el que estaba seguro de que un monstruo palpitaba en aquella casa. Ahora era en los ojos de Christian donde empezaba a anidar el miedo.

—El hombre que nos espiaba tenía que ser o Jacques o Jean o Phil —dijo lentamente Corine—. No olvides que uno de ellos es el monstruo, que uno de ellos tuvo que matar a Druon y asesinó ayer a una infeliz muchacha.

—Pero eso es demasiado horrible... Me resisto a creer que sea uno de mis propios amigos el que...

—Podemos comprobarlo. En realidad, esta noche os he citado aquí exclusivamente para eso.

—¿Y ese asesino podría ser yo? —preguntó malignamente Christian—. ¿No se te ha ocurrido pensar en ello?

—No, Christian. Yo siempre he tenido confianza en ti.

—Gracias, eso me halaga. Pero ¿puedo preguntar por qué?

—En realidad tú nunca te sometiste a los experimentos del profesor Druon. No es probable que te haya sucedido nada.

—¿Sigues pensando que eso de la garra... es consecuencia de un experimento que salió mal?

—No lo he dudado un solo instante.

—Vamos a comprobarlo —sugirió roncamente el mismo Christian—. El que nos ha estado espiando tiene que encontrarse todavía por aquí cerca.

—Sólo hay tres habitaciones —musitó ella—. Puede decirse que están registradas en un instante.

—¿Vamos a mirarlo? ¿Tienes miedo, Corine?

—Si lo tuviera no os habría citado aquí ni me hubiese preocupado más de este horrible asunto.

—Eres una mujercita valerosa... Registra tú la habitación de la izquierda y grita si ves algo sospechoso. Yo puedo registrar mientras tanto las dos de la derecha. Y no perdamos tiempo, porque de lo contrario, el que sea podrá esconderse arriba, en el archivo, y no lo encontraremos nunca.

—Vamos.

Corine era decidida, rápida. Parecía una de esas mujeres para las que no existen obstáculos insuperables y que son capaces de pisar firmemente incluso el terreno de los hombres. Antes de que Christian hubiera podido darse cuenta exacta de lo que sucedía, ella ya había desaparecido hacia la izquierda, siendo tragada por las sombras.

Christian fue hacia la derecha.

Había dos habitaciones, una de ellas el dormitorio donde ya había estado antes. Lo registró someramente, no atreviéndose, sin embargo, a abrir el inmenso armario por temor a que alguien saltara sobre él.

La otra habitación era un pequeño almacén de materiales para los experimentos. A primera vista podía ya advertirse que nadie se ocultaba allí.

Casi sudando a causa de su propia excitación, Christian volvió impaciente al laboratorio.

Pero en la puerta se detuvo.

Se detuvo sintiendo como si un chorro de agua helada circulase de pronto por sus venas.

CAPÍTULO IX

Porque la garra estaba allí.

Estaba casi ante sus ojos, descansando sobre la larga mesa, de tal modo alumbrada por la única luz que Christian podía ver no sólo el vello que la cubría, sino las uñas largas, afiladas, de fulgor metálico, que brotaban como puñales al final de los dedos.

La garra.

Christian sintió que una nube negra, una nube de horror, pasaba por delante de sus ojos. Instantáneamente olvidó que él era un hombre fuerte, que podía luchar, que podía defender su vida hasta la última gota de sangre. El miedo y el asombro le paralizaron como a un niño.

Porque lo que le asombró no fue la garra en sí, sino lo que estaba junto a ella. *Los ojos que había al lado de la garra.*

Quiso gritar, pero su voz surgió como un murmullo apenas audible. Ni siquiera él llegó a percibir bien aquella exclamación de asombro.

—Pero tú...

—No lo hubieras creído nunca, ¿verdad?

—Estás bromeando. Es... ¡es imposible!

—Mira la garra... ¡Mírala bien! ¿Todavía te parece imposible?

La garra avanzó. Christian sintió que se doblaban sus rodillas. Otra vez quiso gritar y de nuevo sintió que la voz fallaba en su garganta.

—No te atreverás... No avances un paso más. ¡No te atreverás!

Suavemente, como un reptil que flotara a través del aire, la garra avanzó hacia él.

—No te atrev...

Bruscamente, Christian tropezó con la puerta, al intentar

retroceder. Y su propia angustia le hizo darse cuenta de que él era un hombre joven y fuerte, un hombre que sabía y debía luchar.

Fue a saltar hacia adelante, con todos los músculos en tensión, pero ya era demasiado tarde.

La garra cayó sobre él, sobre su cuello. Las uñas se clavaron ferozmente en su carne.

Se clavaron tres veces.

CAPÍTULO X

Jacques fue el primero en darse cuenta de que algo raro había sucedido.

Christian no llegó a gritar en el sentido exacto de la palabra, pero su gemido agónico al ser alcanzado por la garra y el rumor de su cuerpo al caer pesadamente, fueron audibles en parte de la casa.

Y Jacques comprendió que había sido en el laboratorio.

Corrió hacia allí.

Sus ágiles piernas subieron de cuatro en cuatro los peldaños, hasta llegar al primer piso. Pero una vez allí oyó una voz:

¡La voz de Corine!

Algo le cegó en el primer momento. Jacques ya no se acordó más del laboratorio ni del extraño gemido que había oído proferir a Christian. Corrió hacia la habitación donde acababa de oír la voz de la muchacha.

Esa habitación consistía en una pieza cuadrada, sin ventanas, donde el difunto profesor Druon había amontonado docenas y docenas de cajones en los que yacían fichas con el resultado de sus experimentos. Y uno de estos cajones, quizá el de mayor peso, había caído sobre Corine. La muchacha estaba en el suelo, con el fichero encima, quejándose levemente.

—Jacques... Jacques, ayúdame...

Jacques, en el umbral, se detuvo un momento a mirarla. Se detuvo, por decirlo así, en contra de su voluntad.

Porque nunca había visto a Corine de aquella manera.

Corine estaba caída de costado, con la falda medio alzada y el fichero parcialmente encima. Sus maravillosas piernas estaban a la vista en casi toda su extensión. Tenía un desgarrón en la media y su busto subía y bajaba agitadamente.

—Jacques... No estés ahí... Ayúdame.

Jacques se acercó.

Sus ojos miraban como hipnotizados las piernas de la mujer, su poderoso busto jadeante.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Este archivador... Como todo está oscuro he tropezado con él... Me ha caído encima y... y creo que tengo un tobillo roto.

—A ver...

—Lo peor es que creo haber oído gritar a Christian... Me parece haber oído como si cayera... Pero esto es absurdo... No puede haber sucedido nada.

—Precisamente me ha parecido oír lo mismo.

Jacques se inclinó sobre la mujer. Ella intentó bajarse la falda, pero no podía conseguirlo del todo a causa del fichero. Tuvo que retirarlo él para que Corine, efectivamente, pudiese cubrir la maravilla de sus piernas.

—A ver... Déjame.

Otra vez Jacques estaba inclinado sobre ella. Otra vez captaba su perfume, la fuerza penetrante de su mirada.

—Tienes hinchado un tobillo.

—El golpe que me he dado ha sido muy fuerte, Jacques.

—¿Crees que podrás andar?

—Lo... intentaré.

Jacques la ayudó a incorporarse. Sostuvo todo el peso de Corine, quien desde luego no parecía una de esas mujeres secas y desabridas que se han dedicado toda la vida a las Matemáticas. Jacques tuvo que decirlo:

—Nadie diría que has estado estudiando siempre, Corine. Nadie diría que lo que más vale de tu cuerpo es el portentoso cerebro que tienes.

—Druon sólo me apreciaba por eso.

—Sí, pero Druon no era más que un sabio medio miope, mientras que...

—Mientras que tú eres un hombre, ¿verdad...? —le interrumpió ella suavemente—. ¿Y qué es lo que un hombre ha pensado de mí? ¿Sabes que es la primera vez que estamos de este modo, Jacques... a pesar de haber trabajado tanto tiempo juntos?

Jacques musitó:

—Sí. Es la primera vez.

La tenía tan cerca, tan cerca de sí, sentía de tal modo la presencia de la mujer en sus nervios y en su carne, que no pudo resistir aquella tentación diabólica. La ciñó contra su cuerpo, la apretó más, la estrujó casi mientras sus labios buscaban ávidamente la boca femenina.

Ella se ladeó en el último instante, con un suspiro que no hubiera podido decirse si era de angustia o de placer.

—No sabemos lo que le ha ocurrido a Christian. Por favor... Vamos allí.

—¿Quieres volverme loco?

—A ti nadie te ha vuelto loco, Jacques. Sé perfectamente que no te ha vuelto loco ninguna mujer.

—¿Te atreverías a ser la primera?

Corine sentía sobre sí la mirada gris y dura del hombre. Sabía que detrás de aquella mirada no había realmente amor, pasión, ni podría haberlos nunca. En el fondo Jacques era un aventurero de la ciencia, como podía haberse creído un aventurero de las selvas.

—No podría atreverme —susurró—. No me amarías.

Fue como si un estremecimiento los recorriese a los dos. Fue como si despertaran de un extraño sueño. La sensación del peligro llegó hasta el fondo de las venas de Jacques, le pareció como si alguien respirara afanosamente a su espalda.

—Vamos —susurró.

Sosteniendo a Corine por los hombros, llegaron al umbral de la puerta del laboratorio. Y allí fue como si un muro de cristal los detuviera y una garra helada les atenazase la garganta.

Christian estaba allí.

Estaba en el centro del laboratorio, bañado en su propia sangre, con la garganta destrozada por una garra.

Jacques soltó a la muchacha, que tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para no caer. Su tobillo hinchado se negaba a sostenerla. El avanzó mientras tanto hacia el centro del laboratorio.

Sus facciones no tenían ahora ninguna expresión, parecían talladas en duro granito.

Por si aún quedaba algún hálito de vida en el cuerpo de Christian, se arrodilló junto a él. Pero ya antes de hacerlo sabía que era inútil. Las heridas no sólo eran mortales desde el primer

instante, sino que además Christian se había desangrado casi por completo.

Musitó:

—Es horrible...

Tuvo que volver la cabeza al oír en aquel momento un leve ruido junto a la puerta. Vio entonces que Corine se había desmayado.

Sus hermosas piernas estaban al descubierto otra vez, creando un obsesionante contraste entre su vida y la horrible muerte de que hablaba el cadáver de Christian.

Jacques se puso lentamente en pie.

Pasos apresurados se oyeron en aquel instante en el largo corredor que llevaba al laboratorio. La luz de la única lámpara pareció temblar, como si toda la casa vibrase. Jacques tuvo una sensación casi irreal cuando vio aparecer las figuras de Jean y de Phil en la puerta.

Ambos casi tropezaron con el cuerpo de Corine antes de detenerse. No la vieron hasta el último momento.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Supongo que vosotros mismos lo estáis viendo. Han asesinado a Christian.

—Pero eso... ¡pero eso es imposible!

Era Phil el que acababa de hablar. Miraba el cadáver con ojos que parecían salirse de las órbitas.

—Lo han degollado... —masculló—. Corine tenía razón... ¡Hay alguien cuya mano se convierte en una garra!

—Hemos de reconocer que algo de verdad hay en eso. Aunque nos parezca increíble, aunque nos parezca espantoso, lo que dijo Corine refleja algo en lo que debemos empezar a creer.

—¡Estás loco! ¡Te has vuelto loco igual que ella! —gritó Phil.

—Hay algo peor.

—¿Peor que eso?

—Uno de nosotros tiene que ser forzosamente ese monstruo.

Phil perdió casi el dominio de sus nervios. Pasó por encima del cuerpo de la muchacha y fue hacia Christian, pero sus zapatos se mancharon entonces con la sangre que cubría el embaldosado del laboratorio. Se detuvo abrumado, con la boca entreabierta, respirando de una forma tan angustiosa que pareció como si por

unos momentos fuese a caer él también.

—Estás loco —repitió sin fuerzas—. Y pretendes volvemos locos a nosotros. ¿Cómo puedes creer que haya alguien a quien de repente crezca una garra en el lugar de la mano derecha? ¿Por qué ha de sentir entonces el irresistible deseo de matar?

—Si lo supiera lo habría resuelto todo —musitó Jacques—. Pero lo más horrible es tener que pensar que uno de nosotros ha tenido que hacerlo.

Phil se miró dramáticamente las dos manos, poniéndoselas delante de los ojos.

—Voy a tener que creer en brujas y en vampiros —jadeó—. ¡No es posible que ninguna de mis dos manos se haya convertido hace un momento en una garra!

Sus últimas palabras fueron un grito casi agónico. Jacques tuvo que sujetarle para que no cayera.

—Debes ir a la planta baja —susurró—. Puede que haya coñac allí. Necesitas un trago.

—¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó Jean, más sereno—. ¿Avisar a la Prefectura?

—¿Para qué?

—Ha habido un crimen, ¿no?

—Debemos obrar con serenidad —susurró Jacques—. La intervención de la policía podría complicar las cosas aún más. Pero no perdamos tiempo hablando. Lo más urgente es atender a Corine.

El mismo se acercó a la muchacha y la elevó con sus poderosos brazos sin que Corine recobrara el conocimiento. Con aquella carga descendió a la planta baja, seguido de Jean y Phil.

Entre las sombras fantasmales que se proyectaban en las paredes, los tres parecían un cortejo de extraños monstruos que se dispusieran a sacrificar a su víctima.

Jacques depositó a la muchacha sobre uno de los divanes y buscó con la mirada algo de beber.

El viejo mueble-bar aún presidía, como antes, uno de los ángulos del salón. También como antes, igual que cuando vivía Druon, había allí panzudas botellas de coñac que tenían más de ochenta años. Jacques abrió la primera que tuvo a mano y llenó con ella más de la mitad de una copa.

Corine pareció reaccionar cuando las primeras gotas llegaron a

su garganta. Abrió los ojos lentamente.

—¿Qué ha sucedido realmente, Jacques? ¿No era una pesadilla... lo que he visto arriba?

—No, Corine, no lo era.

—Entonces... ¿tenía yo razón?

—Desgraciadamente parece que sí.

Jean y Phil se habían llenado también sendas copas. No miraban a ninguna parte y parecían no pensar siquiera. Sus ojos estaban turbios, como si hubiesen bebido ya una botella entera.

Al fin Jean susurró:

—Necesito respirar aire puro. Voy a salir al jardín.

—¿Te das cuenta de que puedes encontrarte con algo que no va a gustarte? —preguntó Jacques.

—¿Qué quieres decir?

—Hay niebla.

Jean tragó saliva.

—Comprendo. ¿Quieres decir que el monstruo, si es que existe, puede estar todavía ahí?

—Eso es lo que intento hacerte entender. Ya hay bastante con que Christian haya muerto. Es suficiente por esta noche.

—Pero ¿no eres tú mismo el que ha dicho que el monstruo tenía que ser forzosamente uno de nosotros?

—Ojalá me haya equivocado. Ojalá el asesino esté fuera de aquí, por ejemplo, en el jardín acechando.

Jean dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, con gesto de desaliento.

—De todos modos voy a salir. No puedo aguantar un minuto más aquí. Siento que me asfixio.

Jacques miró a Phil.

—¿Por qué no le acompañas al menos? Todo esto no me gusta, me causa como un escalofrío. Creo que siendo dos no correréis ningún peligro.

Phil se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Pero no te extrañe si oyes el motor de mí coche. Quizá no pueda resistir más y me largue de este mausoleo.

—Tú no te largarás, Jean.

Jean se volvió hacia él, mirándole desafiante.

—¿Por qué no?

—Mientras no se sepa quién ha liquidado a Christian, ninguno de nosotros va a atravesar las verjas de la casa.

—Eso debe decidirlo la policía, y no tú. Además, ¿quién nos asegura que no eres tú precisamente ese monstruo del que hablas?

—Podría serlo. Por eso no voy a moverme de aquí.

Jean fue a contestar algo, perdido el dominio de sus nervios, pero Phil le contuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Se trata de fumar un cigarrillo fuera y calmamos, muchacho. Si seguimos así, vamos a acabar muchísimo peor. Al fin y al cabo Jacques tiene razón al suponer que existe un asesino. Por tanto, si tú y yo vamos juntos, corremos menos peligro. ¿Vamos?

Ahora fue Jean quien se encogió de hombros.

—Está bien, vamos.

Jacques depositó en su sitio la botella de coñac. Él no había bebido ni una gota. Sus ojos, que tenían un brillo glacial, dieron una vuelta por la habitación y se detuvieron en la figura de Corine.

Ésta continuaba medio tendida en el diván, y también le estaba mirando.

Sintió como si los ojos del hombre le atravesaran e instintivamente se bajó la falda.

—¿Qué piensas tú de todo esto, Jacques? —balbució.

—Por el momento no me atrevo a pensar nada... salvo que hay que empezar a creer lo que dijiste.

—Pero ha de haber una explicación lógica... Tú y yo somos científicos. Sabemos que todos los hechos, incluso los que parecen sobrenaturales, tienen una explicación.

Jacques encendió un cigarrillo.

—¿Qué investigaba Druon cuando le asesinaron?

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Pienso que puede existir alguna relación. No sé cuál, pero es una sospecha. Tú llevabas los archivos del jefe. ¿No sabes qué era lo último que investigó antes de su muerte?

—No quiso decírmelo. Pensé preguntárselo incluso, porque su actitud revelaba una injusta desconfianza hacia nosotros, pero murió antes de que pudiera hacerlo. ¿Crees... crees que puede existir alguna relación?

—No sé. Ya te he dicho que es sólo un pensamiento.

—¿Qué piensas... de lo de Christian?

Jacques alzó la mirada hacia la lámpara del techo, que estaba completamente encendida.

—Pienso que debemos hablar todos e investigamos a nosotros mismos. Es imprescindible que lo hagamos antes de avisar a la policía.

Corine tembló.

—Yo antes he dicho que el monstruo tenía que ser uno de nosotros, pero... pero una cosa es decirlo y otra enfrentarse con la horrible realidad. ¿Crees de veras qué...?

Se interrumpió al notar que Jacques no la miraba. Jacques tenía la atención exclusivamente concentrada en la lámpara del techo.

—¿Qué te sucede? —balbució.

—Nada... excepto que puede que no sea uno de nosotros, Corine. Ahora estoy seguro. Esa lámpara vibra un poco. *Por el piso superior está caminando alguien.*

CAPÍTULO XI

Corine alzó la cabeza. Por unos momentos pareció como si una densa sombra hubiera caído sobre su rostro. Su boca se torció y repentinamente la preocupación la hizo parecer más vieja.

Pero Jacques se dio cuenta de que no era solamente eso.

Corine tenía miedo.

—Es imposible —susurró—. Tú has oído mal, Jacques. Toda la casa está vacía, a excepción de nosotros. *Arriba no puede haber absolutamente nadie.*

—¿Y si se trata de Jean y de Phil?

—Ellos están en el jardín, ¿no? —balbució Corine.

—Voy a comprobarlo.

Jacques se acercó a la ventana. Se movía como una sombra en la gran habitación sobre la que derramaban sus resplandores espectrales las llamas de la chimenea. Descorrió levemente las enormes cortinas y miró a través de los cristales, sobre los que la niebla parecía apretarse como una cosa sólida. Vio dos siluetas cerca de allí, en el jardín. Cuando las brasitas de los cigarrillos que fumaban se avivaron casi a la vez, pudo reconocer los rostros de Jean y Phil.

Volvió de nuevo junto a Corine, que estaba muy erguida sobre el diván, con el busto palpitante.

—No son ellos —susurró—. Por lo tanto, voy a subir a ver de qué se trata. ¿No has vuelto a oír pasos mientras yo miraba por la ventana?

—Ahora que me has puesto sobre aviso, creo que sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Te lo suplico, Jacques. No subas.

—Nada va a ocurrirme. Han asesinado a Christian, pero él

estaba seguro de no correr ningún peligro, y por eso se confió. En cambio yo no voy a hacerlo. Mirare bien dónde pongo los pies, Corine.

—Pero no llevas armas. Y, y el cadáver de Christian todavía está allí... Es... es horrible...

De pronto se puso en pie, saltando casi del diván, como si un resorte la hubiera empujado. Fue hasta Jacques y le sujetó violentamente por las solapas, zarandeándole, como si se hubiera vuelto loca, mientras unas lágrimas repentinas asomaban a sus ojos.

—No me dejes sola. ¡No puedes dejarme sola aquí! Tengo miedo, ¿entiendes? ¡Miedo!

—Sal al jardín con Phil y con Jean —aconsejó él—, o al menos abre la puerta para verlos. No puede ocurrirte nada, ¿comprendes? Pero sobre todo, por ningún concepto te muevas de aquí. ¡Y no me sigas! ¿Oyes? ¡No me sigas!

La apartó suavemente y empezó a subir las escaleras hacia el piso superior. Lo último que vio de Corine fue su figura aterrada, con los ojos muy abiertos, quieta al lado de la puerta.

Instantes después Jacques se había perdido entre las sombras que cubrían por entero el piso superior.

Corine vaciló unos segundos, pero al fin corrió hacia la monumental puerta de la mansión y la abrió, por completo.

La niebla pareció salir a su encuentro, pareció abrazarla. Corine se vio envuelta en ella antes de tener tiempo de lanzar un grito.

Porque ni Phil ni Jean estaban allí. Porque ya no se veían sus siluetas ni las brasas de sus cigarrillos en la oscuridad.

¡Corine estaba sola!

Sin acordarse de cerrar la puerta, corrió hacia el piso superior, tras las huellas de Jacques.

Por la monumental entrada, donde ahora ya no había nadie, siguió penetrando poco a poco la niebla.

Jacques llegó al piso superior y se detuvo ante la puerta del laboratorio donde aún seguía encendida la luz.

El cadáver de Christian continuaba allí. Desangrado. Con una espantosa blancura en sus facciones, que ahora parecían completamente distintas.

En torno suyo todo era silencioso.

Jacques se pegó a la pared, como una sombra más, con todos los

sentidos en tensión, escuchando.

Oyó los pasos.

Eran unos pasos lentos, suaves, que se acercaban poco a poco al laboratorio.

Parecían proceder a la vez de todos los rincones de la casa, parecían llenar las sombras.

Jacques seguía quieto, con todos los sentidos en tensión, sin despegarse de la pared ni un milímetro, para que nadie pudiese verle.

Los pasos se oyeron más cerca.

Estaban junto a él.

Jacques vio entonces a la persona que los producía. Vio la sombra que se estaba acercando.

Apretó los labios.

Aquella sombra penetró en la suave zona de luz del laboratorio. Se detuvo en el umbral. Unos ojos llegaron a ver la figura de Christian que yacía desangrado sobre el pavimento.

Se oyó un levísimo gemido y Jacques salió entonces hacia adelante, justo a tiempo de sostener entre sus brazos a la mujer que caía.

CAPÍTULO XII

Nimes encendió el que era por lo menos su cuarenta cigarrillo de aquella noche.

A pesar de que habían abierto la ventana, el pequeño despacho estaba lleno de humo. Incluso abrir la ventana era peor, porque la niebla parecía penetrar allí y, enrarecer el aire, en lugar de purificarlo.

Lartois también fumaba. Tenía la cabeza sobre el respaldo del sillón y parecía reflexionar mirando al techo.

Nimes depositó sobre la mesa una carpeta amarilla en cuyo interior yacían unos cuantos papeles.

—Husmeando por ahí he descubierto algo —dijo.

—¿Husmeando dónde?

—En las denuncias archivadas por calles y sectores. Hay varias correspondientes a la zona en que vivía Druon. Y dos de ellas se refieren completamente a aquel edificio.

—¿Qué quieres decir?

—Mira.

Los papeles que estaban dentro de la carpeta amarilla, parecían viejos y amarillentos también. Consistían en dos breves declaraciones escritas a máquina y con la firma del denunciante al pie de las mismas.

Lartois, después de ojearlas, volvió a mirar al techo.

Su estampa era la del tío feliz que no pega golpe, la del ricachón que sabe que otros ganan para él la comida que engulle y el tabaco que se fuma.

Sin embargo, su mente trabajaba a todo gas. Intentaba hallar una conexión entre lo que decían aquellos viejos papeles y la casa donde vivió Druon. Es más, trataba de hallar la conexión que

podría existir entre todo eso y el cuerpo de la muchacha con la garganta desgarrada que había sido encontrado la noche antes.

—Por lo que veo, se trata de dos denuncias por intento de robo —musitó al fin—, y las dos presentadas por vecinos del difunto Druon. Ambos vieron que en dos noches distintas alguien intentaba penetrar por una de las ventanas de la casa. ¿No es eso lo que dicen las denuncias?

—Exactamente.

—De modo que alguien intentó robar en esa vieja casa de vampiros donde vivía Druon. ¿No cabe la posibilidad de que esos dos vecinos hayan visto alucinaciones?

Nimes revisó las declaraciones otra vez.

—No, no es fácil. Todo coincide de una manera casi cronométrica. Incluso se advierte con toda claridad que ambas personas vieron exactamente al mismo hombre.

—¿Qué clase de hombre, según tú?

—No muy alto, vestido de negro, con sombrero encasquetado hasta los ojos, andares felinos... Desde luego, no es gran cosa para empezar a trabajar, pero todas las declaraciones coinciden.

Nimes bostezó.

—¿Sabes que podríamos irnos tranquilamente a dormir, en lugar de pensar en todo esto? ¿Quién nos manda metemos en...?

—Los dos sentimos la misma cosa —le interrumpió Lartois—, y por eso sabes perfectamente que no conseguiremos dormir esta noche. Los dos estamos pensando qué diablos hay en la casa que fue de Druon. ¿Sabes tú a qué se dedicaba últimamente?

—Siempre hizo investigaciones biológicas.

—Pero quizá hubo algo más... ¿De qué se habló hace un año aproximadamente? Creo recordar algo que podría tener importancia, pero... No, no puedo precisar.

—¿Lo leíste en los periódicos?

—Seguro.

—Podríamos telefonear a la redacción de Le Fígaro o a la de Le Monde. Seguro que en uno de ellos tuvo que aparecer lo que tú dices. Son los periódicos mejor informados de Francia.

—¿Y pedirles que revisen uno por uno los ejemplares de Archivo? No, no, eso sería pedir demasiado. Y, aunque lo hicieran, emplearían no menos de sesenta horas en la búsqueda, a poca mala

suerte que tuvieran. Creo que hay una solución bastante mejor.

Lartoís consultó una agenda de direcciones y disco un número en el teléfono que tenía sobre su mesa.

—¿A quién llamas?

—A una agencia tipo Todo^[1].

—Comprendo.

La consulta consistió en saber qué investigaciones se habían atribuido al profesor Druon durante el último año, según los rumores periodísticos. Y la respuesta se demoró solamente media hora. Ésta fue:

—Algunos reporteros comentaron que el profesor Druon tenía entre manos un trabajo ultrasecreto poco antes de su muerte. Hay breves artículos sobre ello en Le Midi Libre, Le Fígaro y hasta en un periódico suizo, Le Journal de Genève. Nadie, sin embargo, llegó a saber con exactitud de qué se trataba, ni el profesor Druon cometió jamás una indiscreción. Pero todas las suposiciones hablan de una fórmula para obtener radiaciones ultracortas que harían estallar en la atmósfera los cohetes con cabeza atómica, sin posibilidad alguna de que llegasen al suelo.

—¿Y cómo es posible que una noticia de ese calibre no llamara más, mucho más, la atención?

—Nosotros sólo podemos hablar de lo que dicen los recortes de los periódicos. Pero, al parecer, el profesor Druon tenía mala fama, en el sentido de que fantaseaba mucho, a veces para desorientar a sus seguidores y no ser copiado. Quizá el escepticismo de la gente se deba a esa razón.

—Es posible. Muy bien, repito que los honorarios los pagaremos en la Prefectura de Policía. ¡Ah! ¿En alguno de esos reportajes se traza alguna semblanza de cómo era el profesor Druon?

—Un momento.

La información llegó unos minutos después.

—Sí. Uno de los reporteros lo describe. Le causa la impresión de un hombre no demasiado alto, de caminar felino, que viste siempre de negro y al que le gusta llevar el sombrero muy echado sobre los ojos.

Lartoís palideció.

—Gracias.

Sus ojos fueron hacia los informes, en que se hablaba de un

hombre exactamente igual. ¡Un hombre como aquel que había pretendido entrar en la casa de Druon después de morir éste!

Nimes balbució:

—¿Estamos seguros... estamos seguros de que Druon falleció realmente? ¿Podemos asegurar que con él no ha sucedido algo que atraviesa las fronteras del Más Allá?

CAPÍTULO XIII

Jacques sostuvo a la mujer en el último segundo, cuando ésta iba a caer ya. Evitó que su cuerpo se impregnara con la sangre que se había extendido monstruosamente por todo el pavimento.

Mientras estaba entre sus brazos, mientras ella colgaba inerte como una cosa dulce y blanda, Jacques la miró bien.

Mirándola, se le ocurrieron una serie de cosas finas y selectas, como por ejemplo éstas:

Era un monumento.

Era una mujer de campeonato.

Era una mujer de narices.

Era una mujer con más curvas que la carretera que atraviesa las Rocosas.

Tenía unos labios impresionantes, un busto, etc., unas caderas, etc., una docena de etcéteras que no se incluyen aquí, porque el editor se declararía en huelga.

Y sin embargo, en los ojos de Jacques había como una chispita lejana, como una incomprensible llamita de compasión.

Depositó a la mujer sobre uno de los butacones de cuero que había en un ángulo del laboratorio y le dio un par de cachetitos en la mejilla para intentar reanimarla. Mientras ella abría los ojos con esfuerzo, Jacques cerró la puerta.

Ella le miró apenas. Parpadeó dos veces al reconocerle, mientras a sus ojos asomaba una chispita de temor.

—Jacques...

—¿Qué haces aquí, Lorena?

—Éste es... es...

—No mires, Lorena.

—¡Pero es Christian!

—Sí, es Christian. Vamos, tienes que salir de aquí.

La sujetó casi a la fuerza, tomándola de nuevo en brazos, y la llevó a otro lado del laboratorio, ahora que a ella le era posible sostenerse en pie. Allí las grandes estanterías de probetas y de botellas con muestras impedían ver el cuerpo desangrado de Christian. No había en aquel lugar más que un banquillo, y, por tanto, Jacques había necesitado, antes de retirarla de la butaca, que la mujer fuera capaz de conservar el equilibrio.

Mientras ella se apoyaba en una de las largas mesas, sin ánimos apenas ni para mantenerse sentada en el alto taburete, Jacques la miró con más atención.

La mujer vestía un apretado modelo de lanilla gris, sobre el que llevaba un abrigo de entretiempo. Calzaba zapatos negros de alto tacón y medias oscuras, de un color gris plomo. Los cabellos rubios estaban recogidos sobre la nuca, y sus manos eran blancas y finas. Fueron esas manos lo que con más atención miró Jacques, al darse cuenta de que temblaban ostensiblemente.

Aquella mujer, Lorena, hubiera sido capaz de despertar el instinto de los hombres en cualquier sentido, en cualquier ocasión, y Jacques notó también el impacto poderoso de su llamada. Pero, cosa extraña, en sus ojos siguió palpitando la misma oscura compasión de antes.

Ella balbució apenas sin voz:

—Era... era Christian, ¿verdad?

—Sí. Lo has visto bien, muchacha.

—Es inconcebible... Temo haberme vuelto loca, Jacques. Nadie puede haber asesinado a Christian. ¡Es imposible!

—No grites, Lorena.

—Pero ¿quién le ha asesinado? ¿Por qué?

—No lo sabemos, muchacha.

Ella se retorció las manos desesperadamente, mientras, sin darse cuenta, se mordía los labios hasta hacerse daño. Sus hermosas piernas también se pusieron a temblar y Jacques tuvo que apartar la vista para no mirarlas con demasiada frecuencia.

No podía olvidar que allí, separado sólo por una estantería, se encontraba un hombre bañado en su propia sangre.

Susurró.

—¿Cómo has entrado hasta aquí, Lorena?

—He entrado por una de las ventanas del piso inferior.

Ella abrió del todo la mano derecha y dejó caer suavemente un pequeñísimo objeto brillante que casi se le había adherido a la piel. Jacques sólo necesitó mirarlo unos segundos para saber que se trataba, de un diamante industrial, con el que Lorena podía haber cortado cualquier cristal de las ventanas de la planta baja.

—De modo que has entrado como si fueras la mujer de Rocambole... —musitó—. Has cortado un cristal para poder introducir la mano y abrir una ventana. Muy bien. ¿Cómo has subido hasta aquí?

Ella, que ya había hecho un esfuerzo para serenarse, le miró directamente a los ojos.

—¿Me estás interrogando, Jacques?

—Desgraciadamente se ha cometido un crimen y pretendo aclarar algunos puntos; eso es todo.

—¿Acaso crees que yo...?

—Por Dios... ¿cómo puedo pensar que tú hayas matado a Christian? Pero pretendo seguir tus pasos simplemente por ver si has llegado a ver al auténtico asesino.

—Está bien. Pregunta...

—¿Por dónde has subido hasta aquí?

—Por la escalera de servicia.

—¿Has visto a alguien?

—No, a nadie. Y las escaleras tenían dos dedos de polvo, lo que indica que hace meses que nadie pone los pies en ellas. Mientras subía, he llegado a sentir miedo.

—¿Cómo es posible que hayas encontrado algún cristal descubierto? Todas las contraventanas debían estar cerradas.

—Hoy había unas cuantas abiertas, de lo cual he deducido que vosotros estabais aquí.

—Tienes razón. Corine ha podido abrir alguna de las contraventanas y al mismo tiempo habrá desconectado los sistemas de alarma. Creo que, sin estar en posesión de las llaves, nadie es capaz de penetrar en esta casa, porque Druon la convirtió en una verdadera fortaleza. Pero sigue, por favor. ¿Has visto a alguien al avanzar desde la escalera de servicio al laboratorio?

—No. Pero ¿qué ocurre, Jacques? Por Dios, habla... ¿Qué ocurre?

—Estamos buscando a un monstruo. Y me temo que Christian haya sido sólo la primera víctima.

—¿Un monstruo?

—Es posible que busquemos a un ser increíble y fabuloso al que de vez en cuando le aparece una garra en el lugar de la mano derecha.

La mujer tuvo que parpadear dos veces, como si creyese no haber oído bien aquellas absurdas palabras.

—Tú eres un científico, Jacques. ¿Cómo te atreves a hablar de monstruos?

—Porque los monstruos son una creación de la ciencia.

—¿Quieres decir qué...?

—Imaginas bien, muchacha. Quiero decir que tal vez un experimento de Druon ha originado algo en lo que no podemos ni atrevemos a soñar.

Ella bajó la cabeza. Se miró las rodillas como si no le pertenecieran. Sus hermosos labios temblaron un momento, mientras hacía esfuerzos para no llorar.

—¿Por qué has querido ver a Christian? —preguntó Jacques con un soplo de voz.

—Pues... porque... porque...

Jacques se distanció unos pasos de ella, para que la mujer no se sintiera cohibida con su presencia. Desde el otro extremo de la mesa, casi sin voz, dando a su pregunta un tono íntimo, susurró:

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que estás encinta, Lorena?

Ella tembló. Las manos, que estaban sobre la mesa, palpitaron como seres vivos e independientes que hubiesen recibido un impacto. La sacudida se transmitió a todas las curvas de su hermoso cuerpo, a los rincones más secretos de su ser.

Alzó la cabeza.

—Estás loco, Jacques.

—¿Para qué vas a engañarme? ¿Cuánto tiempo hace que sabes que estás encinta, muchacha?

La cabeza de Lorena volvió a caer sobre el pecho. Ahora cayó pesadamente, vencida.

—Dos... dos meses.

—De Christian, ¿verdad?

—Ssss... sí.

—Sé que no tengo derecho a preguntarlo, pero ¿cómo pudo suceder?

—Christian aseguró que... se casaría conmigo.

—Ésa no es razón.

—Debió prepararlo todo... Un día en que me encontraba mal me dio una inyección diciendo que era un calmante... Inmediatamente me sentí mucho peor. Demasiado tarde comprendí que acababa de tomar una, droga... Luego, todo fue como una vorágine, como un sueño del que yo misma no me sentía como protagonista.

—No pretendo que te disculpes, muchacha.

—Te estoy diciendo la verdad.

Ahora temblaban las manos de Jacques. Ahora era éste el que se mordía los labios sin darse cuenta, hasta hacerse sangre.

—Supongo que ahora venías en busca de Christian...

—Sí. Necesitaba verle... Necesitaba verle desesperadamente. Él me esquivaba, y era inútil ir a su casa pretendiendo ser recibida. Por fin ayer pude entrar en su despacho, no estando él, y encontré la citación del notario para una reunión convocada esta noche y en esta casa. Por tanto, decidí venir costara lo que costase. Pensé que aquí tendría ocasión de hablar con él a solas y exponerle la situación. Estoy... he llegado a estar desesperada, Jacques.

Él no contestó.

No se daba cuenta de que la sangre resbalaba por sus labios espantosamente prietos.

—Pensabas pedirle que se casara contigo, ¿no?

—Ése era nuestro deber. El mío y el suyo. Va a existir dentro de poco un ser inocente que pagará un pecado absurdo. Y eso no es justo. No es justo...

—Desgraciadamente la situación ya no tiene remedio.

Ella no pudo contener el sollozo ahora. Sus labios se contrajeron en una mueca, su garganta pareció ser sujeta por una garra.

—Ahora ya es tarde y además es inútil —susurró Jacques—, pero ¿puedo preguntarte si le querías?

—Éramos compañeros... Yo aspiraba a obtener clases bien pagadas por mediación suya, ya lo sabes... Fuiste tú quien me introdujo en ese misterioso grupo que presidía Druon.

—Druon está muerto.

—Y Christian también... ¿Qué es lo que debo hacer ahora,

Jacques? ¿Suicidarme?

—No digas tonterías. Al contrario, es ahora cuando tu vida se convierte en algo sagrado por el hecho de que en ella palpita un nuevo ser. Debes tener confianza, porque algo se resolverá de todos modos. Lo único que no podemos hacer es devolver la existencia a Christian.

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, con pesadumbre y añadió:

—Me siento responsable de lo que sucedió, Lorena. Te conozco desde hace muchos años y fui yo el que te introdujo en nuestro grupo. De no ser por mí jamás hubieras conocido a Christian.

—Tú no debes sentirte responsable de nada, Jacques. Fue una cosa enteramente suya.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé... Marcharé de aquí, supongo.

—Dudo que puedas hacerlo... muchacha —dijo entonces una voz, desde el otro lado de la estantería.

Era una voz de hombre. Lorena se estremeció al no reconocerla en el primer momento.

Pero Jacques invitó:

—Pasa, Phil.

Phil dio la vuelta a la estantería, pasando al lugar, donde ellos estaban. Sin duda había entrado en el laboratorio sin que se dieran cuenta. Sus facciones estaban lívidas.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Jacques.

—Efectivamente. Aunque sin querer, he oído entera la confesión de Lorena. Una lástima, ¿verdad?

—Tu voz suena como una burla. ¿Por qué hablas en ese tono?

—Porque no creo una sola palabra.

Jacques apretó los labios.

—No te comprendo...

—¿Quién cree efectivamente que ella esté encinta? ¿Quién puede imaginar que Christian fuera capaz de una canallada semejante? ¡Drogar a una mujer para poseerla! Pero es ella la que lo dice, y tú la has creído como un imbécil. ¿No te das cuenta de que lo del embuste de que está encinta es una explicación como otra cualquiera para justificar su presencia aquí? ¿Es que no comprendes que lo que desea ocultar es precisamente otra cosa?

Lorena estaba muy pálida pero no hablaba. Con sus ojos muy dilatados se limitaba a mirar a Phil.

Jacques susurró:

—Según tú, ¿qué es lo que pretende ocultar ella?

—Sólo una cosa: Que asesinó a Christian. Date cuenta de que Christian conocía a la persona que lo degolló, y que su sorpresa fue tan grande que ni siquiera se atrevió a gritar. ¡Conocía a Lorena, la mujer a la que tenemos delante ahora! ¿Es que no te das cuenta? ¿No ves que tenemos la clave de todo?

Jacques tenía los ojos más quietos y los labios más apretados que nunca.

Fue a decir algo, pero no pudo.

Porque en aquel momento, con un seco chasquido, se apagaron todas las luces de la casa.

CAPÍTULO XIV

En el primer momento fue imposible decir si había sido una avería general o, simplemente, alguien había cortado la luz. Pero cuando los leves resplandores de la calle penetraron a través de la niebla, por la ventana, los tres supieron instantáneamente que el apagón era voluntario. Los tres supieron que alguien estaba intentando cazarles en un cepo, que aquella oscuridad no era más que una horrible trampa.

Fue Jacques el primero en reaccionar.

—Apóyate en la pared y no te muevas ni una pulgada, Lorena —susurró—. Sobre todo procura no tener ningún espacio vacío a tu espalda. ¡Ningún espacio vacío por el que pueda llegar alguien! Yo voy a buscar a Corine. Es ella la que corre más peligro.

—No lo harás —musitó Phil.

—¿Qué dices?

—Quédate aquí protegiendo a Lorena. Lo que debemos hacer es no correr como locos por la casa, exponiéndonos a que el monstruo nos cace como a unos conejillos; supongo que es eso lo que quiere. Yo sé dónde está el teléfono de la planta baja y voy a llegar hasta allí. Avisaré a la policía.

—Deja que lo haga yo, Phil.

—¿Es que desconfías?

—Al contrario, tengo miedo por ti. Tú no estás acostumbrado a luchar y quién sabe sí...

—¡No perdamos más tiempo! ¡Déjame!

Phil salió, pegado a las paredes, haciendo mil equilibrios para no pisar la sangre de Christian. Estaba decidido a llegar hasta el teléfono, pero al mismo tiempo sentía cómo el miedo se posaba en su garganta y en su nuca igual que una cosa física. Intentó decirse,

para cobrar ánimos, que la que había matado a Christian era Lorena, y que mientras Jacques la vigilase, nada más podría ocurrir.

Pero no pensó que la luz no podía haberla cortado Lorena, sino otra persona. Otra persona que tenía, al menos, una mano humana.

Llegó a las escaleras y empezó a descender.

Pero de pronto se detuvo.

Porque alguien descendía tras él. ¡Alguien le estaba siguiendo!

Y cuando Phil se detuvo, el otro se detuvo también.

Sobre ambos, sobre las escaleras en tinieblas, sobre el mundo entero, se hizo un espantoso silencio.

CAPÍTULO XV

Phil contuvo la respiración, mientras escuchaba con todos los sentidos en tensión, desorbitados los ojos de tanto intentar ver en las tinieblas que le rodeaban.

Pero no oyó nada.

Parecía como si la casa entera estuviese vacía, como si fuese realmente una tumba.

Phil volvió a respirar lentamente, mientras descendía poco a poco con la mano derecha pegada a la barandilla.

El sonido se produjo. «Clas... Clas... Clas...». Alguien arrastraba los pies tras él, muy lentamente. Probablemente iba descalzo, pero aun así hacía un suave ruido. Cada vez que él descendía un peldaño, aquel ser misterioso que iba tras él, descendía otro suavemente.

Phil sintió que los músculos del cuello se le tensaban, sintió que le faltaba la respiración.

Aquello era absurdo, de todos modos.

Seguramente el que le seguía era uno de sus propios compañeros, y aunque no lo fuera, ¿por qué él, un hombre fuerte y ágil, iba a tener miedo? ¿Es que había alguien capaz de matarle sin lucha, como se podría matar a un niño?

No, eso no era posible. Él no corría ninguna clase de peligro allí. Era ridículo sentir el menor temor.

Pero también Christian había sido un hombre fuerte y ágil, y sin embargo... También Christian debió pensar que era absurdo tener miedo y ahora yacía con la garganta destrozada en una de las habitaciones del piso superior.

Phil aceleró el paso.

El ser que iba tras él aceleró el paso asimismo. La distancia de

unos tres o cuatro peldaños que debía haber entre ambos, se mantuvo invariable.

La oscuridad era tan impenetrable, tan absoluta, que Phil no se dio cuenta de que había llegado al pie de las escaleras hasta que sus pies tropezaron con el borde de una de las alfombras.

Estuvo a punto de caer, y eso hizo que los pasos que se oían a su espalda sonaran aún más cerca.

Los labios de Phil formaron una mueca.

Estuvo a punto de volverse, pero no se atrevió. Temió hacer el ridículo y hasta pasó por su cerebro el pensamiento de que alguno de sus compañeros le estaba gastando una broma.

Pero ¿había alguien capaz de gastar bromas teniendo a pocos pasos de distancia un hombre asesinado?

Phil se volvió.

Los pasos a su espalda dejaron de sonar instantáneamente.

¿Estaría sufriendo una alucinación?

¿Se estaría convirtiendo en una de esas mujercitas que de pronto creen ver una sombra en la ventana y se ponen a gritar como histéricas?

—No gastes bromas, Jean —masculló—. Ni tú, Jaques. Ya tenemos bastante con lo que ha sucedido, ¿no os parece?

Nadie contestó.

El silencio era tan impenetrable como la misma oscuridad. Parecía poder palparse igual que una cosa sólida.

Phil sintió que un sudor helado empezaba a correr por su espalda e inundaba sus sienes.

—Contestar de una maldita vez... —farfulló—. El que sea, que hable. ¿Qué clase de broma es ésta?

Otra vez el silencio. Pero ahora Phil creía notar una respiración muy débil frente a él. La respiración de alguien que estaba apenas a cuatro pasos, acechándole.

Lanzó un tremendo golpe al aire, intentando cazar a su desconocido enemigo, pero lo único que consiguió fue rasgar la oscuridad y estar a punto de perder el equilibrio.

Propinó una interjección.

Cada vez se afincaba más en su cerebro la idea de que estaba sufriendo una pesadilla. Todo aquello era una alucinación, una estupidez. Lo mejor que podía hacer era olvidarlo.



Tenía sensación de inseguridad

Y no debía tardar ni un minuto más en llamar a la policía.

Avanzó hacia la izquierda, buscando a tientas la mesita del teléfono que él sabía estaba en un hueco de las escaleras.

Ahora se daba cuenta, además, de otra cosa alarmante. Era algo en lo que, al principio, no había sabido reparar.

La chimenea estaba apagada.

Para que las llamas no alumbraran el inmenso vestíbulo, alguien había apagado el fuego del hogar, empleando para ello seguramente alguno de los extintores que Phil sabía se ocultaban tras los cortinajes.

Y eso no era una casualidad.

Eso indicaba que alguien se movía entre las sombras... ¡con intención de matar!

Phil contuvo nuevamente la respiración.

Sabía que el teléfono tenía que estar allí, a unos ocho pasos. Y sabía que Druon, hombre ordenado hasta la exageración, tenía siempre una linterna junto al aparato, por si era necesario llamar urgentemente a algún sitio habiendo una avería en la luz.

¿Estaría la linterna aún?

Phil casi corrió entre las tinieblas.

No oía nada a su espalda. Absolutamente nada, y de nuevo volvía a tener la sensación de encontrarse en una tumba.

Por fin llegó a la mesita.

Palpó el teléfono.

Su mano ansiosa recorrió la superficie de la mesa en busca de la linterna. Por un instante cruzó por su mente aterrorizada el pensamiento de que su perseguidor, fuera quien fuese, la habría quitado ya de allí para que no pudiera verle.

Pero se equivocaba.

Phil estuvo a punto de lanzar un grito de alegría cuando sus dedos tocaron la fría superficie de la linterna.

Sosteniéndola con la mano izquierda, puso la derecha en el dial, para empezar a hacerlo girar apenas iluminase los números. Pero entonces esa mano derecha tocó algo.

Las uñas... ¡Las uñas que estaban allí! ¡La forma inconfundible y trágica de una garra!

Phil, a pesar de ser un hombre en la plenitud de sus facultades no pudo evitar un gemido. Pero aun así, encendió la linterna. Proyectó bruscamente la luz a la altura de su rostro.

Y entonces lo vio. Vio aquello. Entonces Phil vio el horror y se sintió atravesado por él.

Sus labios temblaron. Su mano derecha tembló también, y el disco de luz trazó sobre las paredes una danza macabra y fantástica.

Pero Phil ya había visto bastante.

Sólo pudo balbucir:

—Tú...

Y entonces la garra cayó sobre su cuello como una maldición, como la boca de una serpiente ávida.

CAPÍTULO XVI

Sonó un grito.

Fue un grito angustioso, lacerante, mezcla de sorpresa y de horror, que pareció llegar hasta las entrañas de la casa.

Luego un golpe.

Fue el golpe de un cuerpo pesado al caer al suelo.

La mesa en que estaba el teléfono cayó también sobre el cuerpo de Phil. Se produjo un estrépito sordo, y luego el silencio más absoluto invadió la casa. Ni siquiera los pasos que antes había oído Phil llegaron a oírse cuando el misterioso asesino se alejó de al lado de la víctima.

Jacques, mientras tanto, había bajado los escalones de cuatro en cuatro, aun a riesgo de caer diez veces en cada peldaño. Sabía dónde estaban los fusibles del alumbrado y no vaciló. Ni siquiera al oír el grito angustioso de Phil se desvió de su camino.

Su instinto le ordenaba saltar hacia allí, entre las tinieblas, pero su inteligencia le hizo comprender que nada conseguiría a menos que lograra iluminar de nuevo el vestíbulo.

Palpó los fusibles de la luz.

Como suponía, estaban flojos.

Alguien lo había hecho a propósito para hundir en las tinieblas la casa, después de apagar con un extintor el fuego que ardía en la chimenea. Jacques los apretó bruscamente.

Sonó un chasquido y se hizo de nuevo la luz.

Un brusco resplandor iluminó, al fondo, la figura de Phil, trágicamente cruzada sobre el suelo, con las manos crispadas sobre la garganta de la que brotaba a borbotones la sangre. Pero las manos de Phil ya no se movían. Después de los tremendos impactos de la garra, habría luchado sin duda durante unos segundos con la

angustiosa hemorragia. Pero en vano. Ahora Phil estaba ya muerto.

Ahora Jacques oyó, como una cosa lejana, el rechinar de sus propios dientes.

No miró a ningún sitio más, porque supo que no iba a encontrar huellas. Simplemente avanzó hacia Phil. Sus ojos horrorizados contemplaron la increíble escena.

Un hombre joven, fuerte, que no era cobarde y que había sabido salir de mil dificultades. Así era Phil. Y sin embargo, había muerto sin luchar, como moriría un enfermo o un niño. Había muerto llevando en sus ojos incrédulos el horror de lo que en sus últimos segundos había visto.

¿Qué era lo que podía acabar así con el vigor de un hombre?

¿Qué era lo que podía aterrorizarlo hasta el extremo de convertirlo en un guiñapo incapaz de luchar?

Jacques, como trastornado, miró a su alrededor.

Sus ojos vieron el inmenso vestíbulo vacío, las grandes escaleras de piedra y un borde de la alfombra, ligeramente doblado, pero nada que pudiese arrojar una luz sobre el extraño asesino de Phil.

Entonces los vio descender por la escalera.

A Jean, a Corine y a Lorena.

Los vio como tres sombras, caminando vacilantes igual que si un leve soplo de aire pudiese derribarlos.

Lorena susurró:

—Dios mío...

Había sido ella la primera en ver el cadáver. Sus fuerzas la abandonaron y tuvo que apoyarse en la baranda, pero aun así, hubiese caído rodando por la escalera de no haberla sostenido a tiempo Jean.

También Corine estaba mortalmente pálida. Sus ojos extraviados contemplaran, el cadáver y luego se posaron en la figura inmóvil de Jacques. Le tembló la boca de tal modo, que se oyó el castañear de sus dientes desde el otro lado del vestíbulo.

Y de pronto se echó a llorar.

—Ahora os habréis dado cuenta... —gimió—. ¡Yo dije la verdad! ¡Yo no os mentí al deciros que uno de nosotros se convertía en un monstruo! ¡Pero nunca debí haberos dado esta cita, nunca! ¡Ha sido una cita con la muerte!

Jean la sacudió, nervioso, a punto de perder el control de sí

mismo.

—¡Calla! ¡Calla de una maldita vez!

Pero los sollozos de Corine se hacían cada vez más fuertes. Jean la hizo daño al apretarle el brazo con salvaje vigor. El, cuerpo de la muchacha se estremeció entero.

—Déjala —musitó Jacques desde abajo—. No conseguiremos nada con eso.

—¡Pero se está portando como una histérica! ¡Va a volverme loco!

—Más vale que obremos con sensatez —susurró Jacques—. Ya son dos muertos y todavía no hemos averiguado nada, excepto...

—¿Excepto qué...? —Tembló Jean.

—Que cualquiera de nosotros puede ser el monstruo.

—Concretamente tú o yo, ¿verdad? —preguntó Jean con aspereza—. La muchacha a la que encontraron muerta cerca de aquí fue liquidada por un hombre. ¡Por un hombre cuya mano derecha consistía en una garra! ¡No es que hubiera exactamente testigos presenciales, pero todos los indicios confirman lo que digo! Y los únicos hombres que hay aquí somos tú y yo. ¿Qué sugieres que hagamos? ¿Suicidamos para salir de dudas?

Jacques se había serenado ya. Sus facciones estaban frías e impasibles como las de una estatua.

—No digas tonterías —musitó—. Hay que llamar a la policía. Ahora sí que sería criminal perder más tiempo.

Lorena alzó la cabeza. Sus labios seguían temblando, y en sus facciones brillaban ahora las lágrimas.

—¿Cuánto puede tardar la policía? —preguntó.

—Es difícil decirlo, pero... en el peor de los casos, supongo que unos ocho o diez minutos.

—¿Y si en ese tiempo ocurre algo más?

—¿Qué quieres decir?

—Que es preciso asegurarse de que el monstruo no va a causar una nueva víctima.

Jacques se mordió los labios.

He aquí que lo increíble había sucedido. He aquí que ya todos aceptaban la palabra «monstruo» como lo más natural del mundo.

Poco antes hubiese sentido deseos de reír, pero ahora se daba cuenta de que todo, hasta lo más absurdo y lo más horrible, era

verosímil.

—¿Qué sugieres? —musitó—. ¿Qué podemos hacer para estar seguros? ¿Salir a la calle tal vez?

—A aquella pobre muchacha —dijo Corine con voz ronca— el monstruo la mató en la calle.

—Eso es cierto. Y tampoco aconsejo que nos separemos. Aparte de no ofrecer seguridad, la policía llamaría loco a cualquiera que aconsejase la dispersión en estas circunstancias.

—Eso es cierto —musitó Corine—, pero yo tengo, una idea mejor. Todos la miraron en silencio.

La miraron en silencio hasta que Jacques dijo con voz ronca:

—Habla.

CAPÍTULO XVII

Corine descendió lentamente por las amplias escaleras. Sus ojos estaban inmóviles sobre la figura de Jacques. A cada paso parecía marcarse en su cuerpo una palpitación y un temblor en sus labios.

—Tengo una idea —repitió—. Creo que es absolutamente necesario impedir que pueda ocurrirnos nada hasta la llegada de la policía. Si ese monstruo ha podido acabar con Christian y con Phil, que eran dos hombres fuertes, creo que podrá acabar con nosotros también.

Jean apoyó sus palabras:

—Es cierto. ¿Qué idea tienes, tú, Corine?

—Es preciso que nos atemos las manos a la espalda. Es necesario que aquel de nosotros que se convierta en un monstruo no tenga la menor posibilidad de hacer más daño.

—Que se convierta en un monstruo —susurró Jean—. ¿Te das cuenta de lo increíble de tus palabras, Corine?

—¿Y tú? ¿Te das cuenta tú de lo increíble de esta situación? ¿No habéis admitido ya que tuve razón al hablaros de mis sospechas?

—Desgraciadamente es así —suspiró Jean—. Continúa...

—Dijo que debemos atarnos las manos a la espalda, o mejor atarnos a una silla de donde no sea posible movernos hasta la llegada de la policía.

Jacques apretó los labios.

—La idea parece ridícula, pero reconozco que puede ser eficaz. La única cuestión estriba en esto. ¿Quién nos ata? Esa misma persona deberá quedar libre para telefonear a la policía.

—La elección no es dudosa —musitó Corine.

—¿A quién sugieres tú?

—La única que merece absoluta confianza y que debe quedar

libre para llamar a la policía y abrir la puerta, es Lorena.

Jean saltó enseguida:

—No estoy nada convencido. Ella ha aparecido aquí después de la muerte de Christian. Pudo haberlo matado perfectamente. Y en cuanto a Phil, ¿qué podemos decir? El asesinato se ha cometido en medio de las tinieblas. ¿Quién es capaz de asegurar que no es Lorena la culpable?

—Nadie puede asegurar ni negar nada —reconoció Jacques encogiéndose de hombros—. Eso es lo que me parece más terrible de esta situación.

—¿Qué opinas entonces?

Todos se miraron en silencio durante unos instantes. Fue al fin la misma Lorena la que dio la respuesta.

—No tengo inconveniente en que me aten a mí también.

Jean le atajó bruscamente:

—Corine es la que nos ha convocado aquí, y la que, por decirlo de algún modo, «ha levantado la liebre». Eso mismo indica que no puede ser la culpable. Además, por lo que sabemos de este asunto, el culpable es un hombre. Cualquiera de las dos mujeres podría atamos, pero ya que es Corine la que ha tenido la idea, mejor que ella lo haga.

Jacques volvió a encogerse de hombros.

—No tengo inconveniente. ¿Qué opinas tú, Corine?

—Prefiero que me aten y que Lorena llame a la policía.

—¡Pero así no terminaremos nunca! —gritó Jean exasperado—. ¡Alguien tiene que hacerlo y mejor es que se mueva de una condenada vez! Corine o la otra, ¿qué más da? ¡Pero que actúe pronto!

—Hay una posibilidad en la que no hemos pensado —musitó Jacques.

—¿Cuál?

—Que el monstruo no sea uno de nosotros. Que se trate de alguien que está fuera de esta habitación, pero que volverá a asestar sus golpes cuando nos vea a todos atados como imbéciles, esperando a la policía.

Jean, después de estas palabras, los miró a todos, uno por uno, y se dio cuenta de que sus palabras habían producido impacto. Se dio cuenta de que todos se contemplaban en silencio, y que luego las

miradas iban silenciosamente hacia las puertas, como si por una de ellas hubiese de aparecer el monstruo con el que todos temían encontrarse.

El silencio se hizo tan pesado, tan macizo, que pareció pesar sobre sus hombros, como una cosa sólida.

Al fin dijo Corine:

—Supongo que, de un modo u otro, ése es un riesgo que necesitamos correr. No hay otro remedio. Además...

—¿Además, qué?

—Yo puedo defenderme. Creo recordar que el profesor Druon tenía siempre un arma en este mismo lugar. Si nadie la ha retirado, aún debe estar en el mismo sitio en que estaba la noche en que él murió.

Fue hacia la chimenea, uno de cuyos adornos tallados en madera movió suavemente. Un cajoncito disimulado por las tallas se abrió con suavidad. Dentro había una pistola pequeña, una «Smith Wesson» pavonada, con empuñadura de plata.

Corine la tomó en sus manos, comprobando que el cargador encajaba perfectamente y que había una bala en la recámara.

—¿Os parece que soy capaz de defenderme? —preguntó.

—Por mí parte no cabe la menor duda —dijo Jacques, con una extraña sonrisa.

Pero Jean tenía otra opinión.

—¿Serías capaz de disparar con eso —preguntó suavemente—, si fuese el mismo profesor Druon el que apareciera por esa puerta?

Corine parpadeó dos veces, como si no comprendiera. Pero por el temblor de sus labios todos se dieron cuenta de que había captado lo terrible de la suposición.

Miró a Jean como si creyese no haber oído bien.

—Pero Druon está muerto...

—Por eso mismo, querida.

A Corine le tembló la mano de tal modo que por un instante temieron todos se le fuera a disparar el arma.

—¿Te has vuelto loco, Jean?

—Yo sólo pregunto qué harías si por una de esas puertas apareciese Druon.

—¡Y yo repito que está muerto!

—Ya veo que la sorpresa te impediría reaccionar —musitó Jean

—. Te tiembla la mano lastimosamente...

—Lo que tú dices no sucederá —le cortó Jacques—, pero también es un riesgo que no debemos correr. Además, estoy seguro de que Corine reaccionaría debidamente ante cualquier situación de peligro.

Ahora fue Jean el que se encogió de hombros.

—Está bien. Andando.

Había unas cuentas sillas, pesadas y de corte anticuado, en un ángulo del inmenso salón. Había también en los cortinajes suficientes cordones para atarlos a todos.

Lorena fue la primera en sentarse.

Tenía los ojos nublados, la mirada perdida, como si estuviera ausente de allí y como si nada pudiera tener ya importancia para ella.

Puso las manos atrás del respaldo de la pesada silla, para que Corine pudiese atarlas. Unió también sus tobillos.

Sus hermosas piernas fueron visibles hasta más allá de medio muslo, ceñidas por el incitante color gris plomo de sus medias. Jacques tuvo que cerrar los ojos para no mirarla y apretó los labios al pensar que había sido de otro, que lo había entregado todo a alguien que ya nunca podría pagarle su deuda.

Corine se acercó, tras desanudar el cordón de uno de los cortinajes.

Con maestría magnífica y con esa precisión de los que siempre han hecho las cosas bien, ató las muñecas de Lorena, y luego, con el mismo cordón, los tobillos, de modo que ambas partes del cuerpo quedasen unidas y Lorena no pudiese levantarse ni andar.

—Es un buen trabajo —reconoció Jean.

—Con vosotros debo hacer lo mismo.

—Quieres estar segura de que nadie va a desgarrar tu hermosa garganta, ¿verdad?

—Si uno de vosotros es el asesino, desde luego no va a tener la menor posibilidad.

Ahora se había sentado Jean. Fue atado del mismo modo.

Faltaba Jacques.

El silencio era tan espantoso en el salón, que los latidos del lejano reloj parecían sonar dentro de su propio cráneo.

Jacques tomó asiento.

—¿Te das cuenta de lo que ocurriría, Corine... si ese monstruo fuese yo?

—Sí, claro que me doy cuenta.

—Nadie podría defenderte.

—Por suerte no lo eres.

—Estás muy segura.

—Tú no me inquietas. Lo único que me preocupa es lo que ha dicho Jean.

—¿Sobre si apareciese Druon?

—Es absurdo.

—Pero te inquieta.

—¿Y quién no temblaría ante una idea semejante?

Mientras hablaban, le iba atando fuertemente. Jacques se dijo a sí mismo que pocas mujeres tendrían la maestría que tenía Corine para dejar inmovilizado a un hombre. Supo desde el primer momento que ni aun con todas sus fuerzas conseguiría librarse.

Y a los otros debía ocurrirles igual.

Jean estaba forcejeando, para probar, y se daba cuenta de que lo habían sujetado mejor que un novillo al amarradero. En cuanto a Lorena, contenía un gesto de dolor, señal evidente de la fuerza implacable con que habían sido sujetas sus muñecas.

—Listos —dijo Corine.

—Esperemos que la suposición de Jean no se confirme —dijo Jacques con una suave sonrisa—. Esperemos que el cadáver de Druon no le de por aparecer por esa puerta.

—No digas estupideces.

—¿Vas a avisar ahora mismo a la policía? No creo que nos convenga perder ni un minuto.

—Y no lo perderé.

Fue hacia el teléfono que había caído junto al cadáver de Phil, y vio que estaba ya manchado de sangre. Hizo un gesto de contrariedad y de repugnancia a un tiempo, mientras retiraba la mano vivamente.

—No... no puedo.

—¡Tienes que poder! —gritó Jean, fuera de sí—. ¡Lo importante es no perder más tiempo!

—Hay otro teléfono en la parte posterior —recordó Jacques—. No hay por qué ponerse nervioso, infiernos. ¿Puedes ir allí, Corine?

—Inmediatamente.

Salió del vestíbulo con paso elástico y firme. La puerta que llevaba a la parte posterior de la casa se cerró a su espalda.

Transcurrieron dos largos minutos, tres...

Lorena contenía la respiración. Su corazón latía tan desacompasadamente que le hacía daño en el pecho.

Jean sentía que sus sienes iban cubriéndose de un sudor helado.

Jacques apretaba los labios, mirando fijamente hacia la puerta.

El silencio era angustioso, parecía poder cortarse. Cuatro minutos...

Ahora el sudor llegó hasta los labios de Jean. Éste tuvo que apretarlos.

De pronto susurró Jacques:

—Mirad...

La puerta irse.

CAPÍTULO XVIII

Sí, la puerta había empezado a abrirse.

El suave chirrido de sus goznes llenaba la habitación donde las sombras parecían caer sobre los cuerpos igual que si tuvieran peso.

Todos miraban hacia allí.

Los ojos muy abiertos, las facciones sudorosas, los rostros levemente crispados estaban vueltos hacia allí, hacia aquella puerta que se abría con lentitud.

Milímetro a milímetro.

Como si el viento la empujara.

El sudor helado penetró decididamente en los labios de Jean, que tuvo que abrirlos para respirar afanosamente.

—Corine... —susurró—. ¡Corine, abre de una maldita vez!

Nadie respondió.

La puerta seguía girando sobre sus goznes.

Los ojos espantosamente quietos de los tres esperaban ver aparecer una figura que aún no se hacía visible. Esperaban ver aparecer el rostro de Corine y al mismo tiempo temían enfrentarse con el de un muerto.

Lorena susurró también:

—Corine, por favor...

La puerta se abrió un poco más.

Y entonces vieron la garra.

Aquella garra era grande, de agudas y largas uñas, y estaba recubierta de pelo negro y hacía pensar en la zarpa de un oso o en la garra, aumentada de tamaño, de un jaguar.

Jacques intentó levantarse, pero no pudo. Jean lanzó una imprecación y Lorena sintió que una especie de vértigo la dominaba por completo. Tuvo la sensación de que caería al suelo. Lanzó un

gemido.

Jacques maldijo en voz baja mientras intentaba levantarse otra vez. Pero los nudos eran diabólicamente sólidos. Él y la silla rodaron por el suelo.

Y fue entonces cuando la puerta se abrió del todo. Fue entonces cuando la vieron.

Cuando vieron a Corine.

CAPÍTULO XIX

Algo había cambiado en ella.

Era como si una sombra negra hubiera pasado por sus ojos, por su rostro. Diríase que no era la misma. Una respiración intensa y silbante salía por entre sus labios apretados, y sus manos estaban crispadas.

Se veía claramente una de ellas.

La otra estaba cubierta enteramente por la garra, que era como un siniestro guante de piel que llegaba hasta la altura del codo.

Las uñas eran largas, curvadas, y tenían un fulgor metálico. Bastaba una ojeada para darse cuenta de que eran piezas de acero, de que el solo golpe de una de ellas podía penetrar hasta el fondo del cuello, podía matar.

Lorena susurró:

—Dios mío...

Fue la única que pudo despegar los labios. Los demás quedaron como abrumados, como atónitos, ante aquella visión de pesadilla.

Oyeron el rumor suave de sus pasos, semejantes a los de un felino. Vieron brillar la garra con un fulgor más intenso cada vez.

Corine se detuvo en el centro de la misma habitación, mirándoles. En sus ojos había un reflejo febril, alucinante, que hacía pensar en algo que estaba más allá de la vida.

Jean tragó saliva espasmódicamente. Fue él quien pudo balbucir:

—Entonces... entonces tú mataste a la pobre muchacha a la que encontraron cerca de aquí...

—Sí.

—Pero... pero parece que el culpable era un hombre.

—Eso es muy sencillo.

—¿Quieres decir que... que te disfrazabas con tanta habilidad que hasta llegabas a confundir a una mujer?

—Repito que es muy sencillo. Hay hombre que tienen la piel muy fina. Bastaba con ponerme unas ropas gruesas y algo desajustadas, para que no se apreciaran mis relieves y disfrazar algo la voz. Por haber tratado durante años con los productos farmacéuticos que el doctor Druon empleaba para sus experimentos, sé cuáles son los que enronquecen la voz y cuáles los que le pueden dar un timbre distinto.

Jean estaba con la boca abierta. Se veía que le costaba trabajo respirar. No podía creer todo aquello.

—¿Y... buscaste una mujer?

—Sí.

—¿Por qué?

—Era fácil matarla. Siempre es fácil matar a una mujer. Por eso la busqué precisamente.

Aquellas palabras monstruosas fueron dichas con la mayor frialdad, con una voz serena y tranquila que helaba la sangre en las venas.

—Pero ¿todo esto por qué? —susurró el mismo Jean—. ¿Por qué...?

—Necesitaba probar la garra. Necesitaba saber si poseía un método eficaz y silencioso de matar, que además desorientara a la policía. Por otra parte, la historia de la garra me permitía solicitar permiso al notario para citaros aquí, abrir la casa y crear un clima de terror entre vosotros.

—¿Con qué objeto? Vuelvo a preguntar lo mismo: ¿Con qué objeto?

—Dos veces había intentado entrar en la casa como un vulgar ladrón. Era imposible. El viejo zorro de Druon había protegido esto como una verdadera fortaleza. Sin tener las llaves no era posible hacer nada. Las trampas que él dispuso seguían funcionando después de su muerte...

Ahora fue Jacques el que musitó con voz helada:

—Muerte que causaste tú, ¿verdad? En realidad fue el primer ensayo de la maldita garra...

—Puede decirse que le maté por casualidad. Me sorprendió cuando intentaba robarle.

—¿Robar qué?

—El resultado de sus estudios. Y basta de hablar. Comprendo que os domine una especie de curiosidad científica, pero ya hemos perdido demasiado tiempo. Es preciso terminar cuanto antes.

Se dirigió hacia él. Precisamente hacia él. Las puntas metálicas se movían lenta y espasmódicamente al extremo de la garra, como si tuvieran vida propia, una vida celular, repugnante, larvaria.

Jacques no tuvo miedo. Sentía más bien una especie de asco y una especie de pena. Sabía que sus crímenes no quedarían impunes. Y sintió pena por ella, por aquella locura que se había adueñado del corazón de la mujer.

—¿Qué experimentos te interesaban? —preguntó con voz helada—. ¿A qué resultados había llegado Druon? ¿Eran tan importantes como para acarrearle la muerte?

—Su sistema para hacer explotar en el aire las cargas nucleares, vinieran de donde viniesen, es algo tan importante que cambiaría por sí solo la faz de una futura guerra. El bloque comunista o el bloque occidental pagarían por esos experimentos una incalculable fortuna.

Jacques susurró:

—Dios mío...

—¿Por qué esa exclamación? ¿Por qué ese asombro que hay en tus ojos? —preguntó ella con voz cáustica—. ¿No me crees?

—Esos experimentos no estaban terminados aún. Lo que Druon había logrado no era todavía el éxito.

—Pero estaba a punto de lograrlo...

—Eso es evidente. Sin embargo, muerto él, alguien debería continuar su trabajo. Lo que él había conseguido ya, era sólo un principio. Quiero decir que no se trataba de un producto terminado de esos que se compran y se venden. Alguien hubiera debido continuar.

—Precisamente.

Jacques vio en los ojos de Corine algo tan turbio y tan dramático que no pudo evitar exclamar nuevamente:

—Dios mío...

Ella avanzó un paso más. Sus pupilas brillaban.

—Precisamente solo yo hubiera podido continuarlo —siguió diciendo ella con voz ronca—. Los gobiernos más importantes del

mundo se hubiesen disputado mi presencia. De pronto hubiera pasado a ser tan importante como el profesor Sedov en la Unión Soviética, o como Van Braun en Estados Unidos. Yo, una profesora de matemáticas a quien el cerdo de Christian, con sus influencias, consiguió arrebatarse la cátedra.

—¿De modo que... era por eso? ¿Era odio?

—Odio y ambición. De pronto me di cuenta de que el profesor Druon había estado trabajando para mí. Bastaba con que yo lograra hacerme cargo de sus asuntos, de sus fórmulas... y supiera continuar. Desgraciadamente, eso no fue posible sin su muerte.

—Y luego, al quedar cerrada la casa, no pudiste volver a entrar, ¿verdad?

—Ya he dicho que lo intenté dos veces, hasta que comprendí que era inútil. Más valía tener un buen pretexto para reunirme y solicitar las llaves al notario que las guardaba. Y eso hice...

Jacques apretó los labios, ansiando desesperadamente ganar tiempo. Oía como una cosa lejana el sonido de su propia respiración. Masculló:

—Pero para eso no era preciso matar...

—¿Tú qué sabes? —preguntó burlonamente ella—. ¿Sabes hasta qué extremo odiaba yo a Christian, el hombre que me impidió que llegara a conseguir mis aspiraciones? Y luego ya no podía frenar. Necesitaba eliminar a los competidores más directos. Es decir, a vosotros...

—Estás loca, Corine. Siempre he creído que la ciencia cuando se la desliga de todo sentimiento humanitario, sólo sirve para engendrar monstruos. Pero es la primera vez que veo esa teoría convertida en carne y hueso... ¡Reflexiona, Corine! ¡Aún estás a tiempo! La policía va a descubrirlo igualmente todo, ¿no te das cuenta?

—La policía buscará a un hombre, no a una mujer. Pediré socorro desde las ventanas cuando haya terminado con vosotros y me será fácil dar una explicación. Además, cuando se sepa que poseo secretos capaces de cambiar el curso de una futura guerra, todo el mundo pensará que no vale la pena fijarse demasiado en crímenes.

Jacques apretó los labios. Lo peor de aquello, lo más espantoso de todo aquello, era que Corine decía la verdad.

Después de todo, tenía una coartada bastante sólida. La policía andaría más que desorientada, buscando a un hombre, y aunque sospechasen de ella... No, nada podrían probarle. Pero de todos modos, aun sabiendo que era inútil, susurró:

—No todo va a ser tan sencillo como echarle un archivador encima y dislocarte ligeramente el tobillo igual que cuando quisiste buscarte una coartada después de matar a Christian. No todo va a ser tan sencillo, Corine... Además, ¿dónde están los estudios de Druon? ¿Dónde están las fórmulas?

—Las buscaré. Tendré tiempo cuando vosotros estéis muertos.

—¡Druon lo quemó todo! ¡Druon estaba seguro de haberse equivocado y no quiso continuar!

Los dientes de Corine castañetearon de furia.

—¡Mientes! ¡Tratas de ganar tiempo!

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¡Vas a matar por nada! ¡Yo mismo le vi quemar unos libros de apuntes! ¡Sin duda eran los que tú buscabas!

—¡Y yo repito que mientes!

Se lanzó sobre él. Estaba furiosa, crispada. Levantó la garra furiosamente para dejarla caer sobre el cuello de Jacques.

Se oyó el grito angustioso, lacerante, de Lorena...

—Hazlo conmigo primero... —susurró Jacques—. Yo primero...

Pensaba, no sabía por qué, que los otros tendrían así tiempo para escapar.

Pero era inútil.

Estaban bien atados, como lo estaba él. Corine misma los había sujetado para que no se librasen. Y ahora llegaba el fin...

Abrió los ojos.

Quería ver la garra. Quería morir serenamente. No deseaba que luego encontrasen su cadáver con una expresión de horror.

La garra bajó.

Y en aquel momento sonaron dos disparos.

Corine lanzó un seco grito, como un estertor, y cayó junto a Jacques para quedar espantosamente quieta. Jacques entre el humo de la pólvora, vio a dos hombres que estaban en el umbral, empuñando sendas pistolas. Iban envueltos en largos abrigos y tras ellos flotaba la niebla.

—Comprendimos que era mejor venir aquí —dijo Lartois.

—Y hemos llegado a tiempo —susurró Nimes—. En veinte años de profesión es la primera vez que eso me ocurre.

Lorena lloraba silenciosamente. Estaba quieta, rígida en el umbral, con los ojos cerrados. Se hallaba hundida en sí misma, sintiendo palpar el secreto de sus entrañas...

Jacques le puso suavemente, muy suavemente, una mano sobre el hombro izquierdo.

—No llores por Christian, Lorena. Ya nada puede hacerse.

—Pero...

—Sé lo que piensas —musitó Jacques—, pero yo repararé el daño que él te hizo. Lo repararé gustosamente, Lorena, te lo juro. Nunca será un sacrificio para mí, Ahora sólo tienes que hacer una cosa.

Lorena abrió los ojos y una chispita de esperanza se encendió en ellos.

—¿Qué debo hacer, Jacques?

—Decir adiós al cadáver.

Lorena bajó la cabeza.

Otra vez las lágrimas afluían a sus ojos, pero ahora esas lágrimas eran distintas...

Jacques la empujó lentamente hacia la calle, donde les aguardaba la vida y donde les aguardaba la niebla.

FIN



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain

Notas

[1] Las agencias así llamadas, aunque el nombre admite numerosas variantes, nacieron en Francia y son fundamentalmente agencias de recortes de Prensa, que tienen archivadas ingentes cantidades de información, puesta al día. Normalmente se les puede telefonar a cualquier hora del día o de la noche y obtener información sobre cualquier cosa, desde el horario de los ferrocarriles en la India hasta el número de collares de perlas que se atribuyen a Jacquelin Onassis. (N. del T.). < <